

BBC

# DOCTOR WHO

HISTORY 101



HISTORY 101

MAGS L. HALLIDAY

Traducido por scnyc, Lúar, Disorder80, Cele F, Patricia Porta y Lucie de la Tour, saldrá una versión corregida y completa en breve.

Prólogo

Barcelona, 1937

Era una mañana fría de primavera y el reloj marcaba sorprendentemente las trece. Había sido alcanzado por una bala perdida en la lucha inicial el año anterior y ahora funcionaba con su propia teoría interna de tiempo. Sabbath lo encontró apropiadamente divertido. Su agente se estaba retrasando. Sólo unos minutos, en realidad, y Sabbath no estaba muy preocupado del por qué o para qué de su tardanza. Él estaba preocupado únicamente porque los asuntos se resolvieran satisfactoriamente para él y porque necesitaba un agente de confianza. Uno que llegara a los encuentros a tiempo.

La hija del dueño café vino a quitar el plato vacío y le sonrió.

- Molt bé, camarada, molt bé.

Alicia asintió y volvió a su posición apoyándose en el mostrador de detrás de la barra, dejándolo solo con la jarra de agua y el tic-tac errático del reloj. Se recostó en la rota silla de mimbre, dejando que crujiera bajo su peso, dejando que sus ojos se perdieran sobre la copia de "La Batalla" que tenía en sus manos.

A través de las puertas abiertas que daban a la plaza la luz del sol empezaba a calentar la ciudad. Las Drassanes estaban en silencio. Qué descargas se habrían hecho durante la noche, a pesar del bloqueo, que se derivarían silenciosamente al mercado negro o a manos de mafiosos y traficantes de armas.

- Siento llegar tarde.

El joven estaba sentado cerca de Sabbath, mirando a su alrededor con rapidez en dirección a la puerta mientras dejaba caer sus gafas metálicas de sol en uno de los bolsillos exteriores de su chaqueta de cuero, asegurándose de que sus ojos se acostumbraban a la tenue luz del interior del café.

Sabbath dobló el periódico que no había estado leyendo y frunció el ceño al recién llegado

- Ah, mi querido amigo, ya estás aquí.

Su agente le miró con calma, con la boca apenas nerviosa, aparentemente imperturbable ante la mirada de desaprobación de Sabbath. Bueno, necesitaba a alguien con ecuanimidad para esto. Alzó la voz, dejando que saliera con su volumen natural. Capítulo Uno

—Y ahora, si me disculpa...

El hombre se puso de pie, arrastrando hacia atrás la silla de hierro forjado, y se dirigió a la puerta del bar. Anji esperó hasta que no pudo oírlo, luego se volvió hacia el Doctor.

—Vamos, dílo. —Dijo ella. Él frunció el ceño con perplejidad. Fitz les sonreía a ambos.

—¿Puedo decirlo yo? —Preguntó al todavía confuso Doctor, antes de volverse hacia ella.

—Te lo dije. —Anji pasó una mano por su cabello corto. Siempre lo hacía cuando estaba irritada: asegurándose de que estuviera recogido.

Fitz estaba resaltándolo de nuevo. No había manera de que se librara de la burla del bruto desaliñado.

—De acuerdo. —Concedió ella, con su voz de "estoy siendo razonable"— El Doctor no se lo estaba inventando todo. Pero sólo porque él estuviera debatiendo los términos con Sartre no es prueba del resto de sus afirmaciones.

Fitz resopló. —Ahora estás siendo testaruda.

El desgarrado inglés se recostó en su asiento, alcanzando el conjunto opuesto a él en la pequeña mesa. Anji había olvidado lo petulante que Fitz podía parecer, cuando su rostro no estaba arrugado por el estrés. Esto sacó a relucir sus más agresivas dotes de debate

y ella se dio cuenta de que estaba preparada para continuar la discusión.

-Vamos, dame una prueba, prueba empírica, de que has estado en todos los lugares que dices que has estado.

El Doctor tomó un sorbo de limonada. Parecía distraído, como si estuviera meditando la discusión anterior todavía. Anji tuvo que admitir que él estaba en forma hoy. Su chaqueta había sido colocada en el respaldo de la silla, la corbata colgaba suelta y las amplias mangas de su camisa estaban arremangadas debido al calor seco. Como de costumbre,

parecía como si perteneciera, como si hubiera estado años pasando sus tardes de ocio sentado fuera de bares franceses.. Mientras que Fitz parecía estar a la espera de

que el personal le pidiera moverse en cualquier momento y ella se sentía convencida de que la gente

la estaba mirando con curiosidad. Por otra parte, tal vez el Doctor había pasado años así, él estaba debatiendo un acuerdo con Sartre, después de todo. Además, parecía no inmutarse por el calor que le daba su propia camisa de algodón blanco pegada a su piel. No era justo.

Dejó su limonada y miró de reojo a Fitz. -Nunca entenderé ese deseo humano por regodearse. Aunque, cuando pienso en ello, como un buen número de especies alienígenas.

Se detuvo, mientras Anji y Fitz giraron sus ojos, y cubrió la pausa con otro sorbo de limonada.

-¿Quién quiere un poco de ejercicio? -preguntó, y, sin detenerse para una respuesta, dejó el importe exacto de francos, más una generosa propina, encima de la mesa metálica, cogió su chaqueta y salió, dejando que sus dos compañeros lo siguieran.

Las aceras a través de la margen izquierda del río eran demasiado estrechas para que los tres caminaran

, por lo que el Doctor estaba constantemente intercambiando su posición. Un momento estaba detrás de ellos, a continuación, saltaba delante, casi causando que Anji chocara contra sus talones cuando se puso delante de ella. Él estaba pletórico, notó ella, dándoles un comentario de pasada mientras caminaban.

-¡Paris! -, exclamó. -Verano de 1937-, continuó, caminando de espaldas ahora, con las manos en los bolsillos del pantalón, evitando hábilmente las ocasionales farolas. -Una época fascinante.

Europa se encuentra en medio de una completa agitación social y París

es algo así como un imán para todo. Lleno de refugiados de otros estados. Me pareció ver a Max Castle antes. ¿Sabéis? ¿un gran director de cine expresionista alemán? ¿O era Polaco? -Se topó con sus caras en blanco.

-De todos modos, ahora que estamos aquí, gracias a la incredulidad de Anji en mí - continuó el Doctor

, mirándola con aspecto de cachorro herido, -debemos disfrutarlo. Ver los lugares de interés, ese

tipo de cosas. No creo que ninguno de ustedes haya visitado París antes de la Segunda Guerra Mundial, ¿verdad?

Los había llevado con seguridad a través de las calles, hasta ahora que pasaban a través de grandes puertas de hierro negro en un parque típicamente formal. Altos y cuidadosamente

recortados arbustos bordeaban los anchos senderos de grava a lo largo de los cuales grupos de parisinos

paseaban tranquilamente bajo el sol de media tarde. El Doctor saltó hacia delante, como un profesor sobreentusiasmado en una excursión escolar, seguro de que sus alumnos disfrutarían de todo.

Anji sonrió para sí misma: era mejor que el viaje de sexto curso

a Aberystwyth, de todos modos. Y mucho mejor que cuando él estaba más sombrío.

El Doctor había llegado a una esquina de la avenida y se había quedado a esperarlos, con un brazo extendido.

—¡Ta-dah!

Justo delante de ellos, más grande de lo que recordaba, estaba la Torre Eiffel, con el terreno posterior inclinándose hacia el Sena. Los amplios y elegantes jardines no estaban vacíos, como lo habían estado durante ese fin de semana que ella se había cogido libre. En su lugar, enormes edificios temporales llenaban la estructura de hierro. A la derecha, enormes pilares se levantaban en formación cuadrada: tenían un águila estilizada en su cima, con sus alas se medio extendidas. A la izquierda, una estructura clásica igualmente masiva estaba coronada por unas enormes figuras humanas de bronce,

con los puños levantados de manera triunfante. La gente

caminaba entre los edificios y a lo largo de las anchas vías eran como muñecos de Lego en comparación. Ella podía sentir a Fitz, de pie junto a ella, tratando de no parecer impresionada por la magnitud del lugar.

—La exposición de París de 1937. Cada país europeo tiene una exposición

aquí, —explicó el Doctor.— A nuestra izquierda, los soviéticos. A nuestra derecha, el Tercer Reich.

Hitler tomó la Renania del año pasado, por cierto.

—Deja de presumir, Doctor. —Murmuró Fitz.

El Doctor parecía débilmente cabizbajo mientras caminaban por el sendero y

la sombra de la Torre. Hizo una pausa, se situó en el lugar que marcaba el

centro de la estructura, y miró hacia arriba. Anji se unió a él. La última vez que había estado aquí, había estado demasiado preocupada con no parecer impresionada, con ser la

cansada cínica que el final del siglo XX había exigido. Esta vez ella

sonrió mientras giraba, mirando la red de enormes

vigas. Mientras trataba de encontrar un camino, la estructura la mareó.

—¿Sabías, —dijo el Doctor, evidentemente, todavía furioso por el comentario de Fitz.— que cuando París cayó ante... —hizo una pausa, mirando a su alrededor para comprobar que nadie estaba prestando atención,— los nazis, Hitler quería tener una fotografía de sí mismo en la parte superior de la torre? ¿Qué mejor símbolo para demostrar que había tomado Francia? El problema fueron los ascensores y las escaleras, que se habían hecho intransitables por los guardianes. En cambio Adolf tuvo que conformarse con un evento de prensa en su sombra. Anji se adelantó y miró al águila encima de la torre alemana. Apretada en sus gigantescas garras de oro había una cruz torcida. — ¿Así que construyeron estas cosas para mostrar al mundo lo grandes y machos que eran? —preguntó ella.— Bastante Freudiano ¿No es así?

—Terriblemente. —Respondió el Doctor.— Pero los símbolos tienen poder, nunca lo olvidas. Anji echó un vistazo a la esvástica. —Oh, no te preocupes. La gente no olvidará. —Has dejado de sonreír. —El Doctor observó con tristeza.— Esto está destinado a ser un descanso. Agarró el brazo de Fitz, luego ofreció uno libre a ella. —¿Vienes?

Ella suspiró y tomó su brazo, dejando que los llevara a los dos de nuevo a la luz del sol. —Siempre y cuando no nos hagas caminar como los Monkees. La oscura bodega era opresivamente húmeda, con un sabor a moho en el aire. Nada había sido guardado en ella desde hacía un tiempo por lo que la podredumbre había empezado a apoderarse del lugar.

Bastidores de vino vacíos se alineaban en las paredes, su contenido había sido bebido durante los primeros días de euforia de julio del año anterior, o tal vez vendidos, más recientemente, en el mercado negro. En el extremo más lejano, más allá de la tenue luz emitida a través de los bordes de la mal ajustada trampilla, el más grande y más pesado bastidor estaba colocado cubriendo toda la pared, contra una chimenea en desuso hacía mucho tiempo.

—Somos ratas, Luiz. —Susurró una voz nerviosa.

—¡Silencio! — El segundo orador tenía una voz más profunda, más firme, áspera de fumar.

—Nos escondemos como ellos y vamos a morir como ellos.

—Alberto, calla.

Alberto quería ponerse las gafas. Quería moverse, estirarse, caminar.

Parecía que había pasado una eternidad desde que estaba de pie, años desde que habían retirado

el pesado bastidor a través de la chimenea. Su brazo herido le dolía abominablemente. Él no era un hombre nervioso, no del tipo de preocuparse o inquietarse, pero el mandato de que

no podían, no debían moverse lo estaba poniendo así. Sus sentidos estaban distorsionados

y él quería moverse, volver a calibrar su conciencia para sentirse más seguro,

tanto en sí mismo y como en su escondite. Podía sentir el ladrillo desmoronarse en la chimenea en la que se apoyaba su la columna vertebral, a través de su chaqueta gastada, pero ya no podía decir si la estantería estaba delante de él. Cuando se habían ocultado, al principio, sí que había sido muy consciente de cada milímetro que les rodeaba, del rasguño horriblemente fuerte del estante que habían arrastrado. Más alto, estaba seguro, que los sonidos que los buscadores estaban haciendo en la barra de arriba. Había sido capaz de sentir el peso de la madera de las barricadas. La continua oscuridad le había robado su percepción, sin embargo, hasta que se preguntó si no habría nada más que aire en frente de ellos. Si ellos estaban expuestos a cualquiera que entrara en el sótano. Quería ponerse las gafas, así al menos estaría seguro de que podía ver lo que ocurría si venían. Cuando llegaron. Los sonidos superiores cesaron. El Doctor estaba usando todo su repertorio de gestos, tonos entusiastas y palabrería sin parar en un intento de restaurar el estado de ánimo de vacaciones: no era frecuente que fueran turistas. Anji había empezado a reír después de unos cinco minutos. Por tácito

acuerdo, todos habían evitado el pabellón alemán. Aunque Fitz pensó que 'Pabellón' no era realmente el término correcto para un edificio de por lo menos doscientos pies de altura. Él permaneció detrás de los otros dos, con las manos en los bolsillos de su chaqueta de cuero. Simplemente ya no estaba de humor. Puso en su bolsillo la maltrecha edición de La edad de la razón de Sartre, la novela que había llevado a este viaje. Una vieja postal estaba atrapada entre las páginas, recordándole que sólo llevaba una cuarta parte leída. En realidad de todas formas no sentía que fuera a terminarlo. El Doctor los llevó alrededor de una esquina, con una breve ojeada para comprobar que Fitz todavía estaba siguiéndolo. Ahora es más como siempre, pensó Fitz, mientras se acercaban al edificio. Había paneles de vidrio cuadrados fijados en una estructura metálica, construida a una cómoda escala humana. Recordó algunos de los edificios modernistas aún en pie en Inglaterra en la década de 1960: el crecimiento de las humedades ya en los muros grisáceos y la pintura descamándose de los marcos de la ventana de metal. Así debían lucir estos edificios cuando estaban nuevos, antes de que el clima británico hubiera convertido su optimismo en decadencia. Era el primer espacio de exposición por el que sentía incluso un vago deseo de entrar. Anji asentía, con esa mirada atenta en la cara que ponía cuando estaba decidida a entender un concepto nuevo, mientras el Doctor expuso algún punto acerca de las curvas laterales, así que Fitz entró en el pabellón primero. La pintura ocupaba toda una pared frente a la entrada: nadie que entrara al edificio podría fallar en darse cuenta de ello. Fitz estaba impresionado por la magnitud de la misma, cómo

los tonos monocromáticos imitaban las paredes blancas y el suelo gris pizarra del vestíbulo de entrada. Dejó que sus ojos se perdieran por el lienzo gigante, recorriéndolo desde el caótico centro, donde los brazos y los animales y rostros estaban mezclados unos con otros, hasta los bordes donde los cuerpos enteros estaban mirando hacia el cielo. Los ángulos de todos los elementos atrajeron su mirada hacia arriba, hacia el ardiente ojo blanco que contemplaba con calma sobre la carnicería. —Y, por supuesto. —El Doctor dijo a su lado.— El Guernica de Picasso. La pieza central del pabellón de la República Española. Anji frunció el ceño ante la pintura, con los labios apretados en una fina línea. —¿No debería ser más...? Se interrumpió. Fitz miró entre los rostros perplejos de sus compañeros y la lona. Había algo raro en ella, pero no podía ubicarlo. La imagen era familiar por sus reproducciones. Recordó que la pintura había hecho una gira por Europa cuando él era un pequeño muchacho y algunos de los padres de los niños en la escuela, algunos de los pocos que había estado dispuesto a que el niño Kreiner mirara, habían tenido impresiones baratas, borrosas en su pared. A veces, justo al lado de

una foto de los siempre ausentes hermanos mayores o tíos de sus amigos. Aunque las impresiones habían sido muy pequeñas, podía recordar estar buscando... algo... algo que él no podía recordar. . . algo que esta enorme versión no le daba ahora que estaba de pie frente a ella. Anji tenía razón: debería ser más... algo.

Anji, siempre práctica, se había acercado a la mesa y comprado un panfleto barato. La pintura se reproducía en el exterior y estaba leyendo los contenidos frunciendo el ceño confundida. Estaba abstraída, masticando un lado de la parte baja de su labio mientras se concentraba, lo que Fitz encontró bastante mono.

—Guernica ha sido encargado por el gobierno republicano para el Pabellón español en la Exposición Mundial de 1937 en París...

Había algo que lo importunaba. Algo sobre las impresiones baratas que había visto cuando era niño. Lo había visto más recientemente también. Se había reproducido un lugar tan obvio que ni siquiera se había dado cuenta de dónde estaba.

—Expresa la reacción del artista a la destrucción de la ciudad vasca de Guernica a principios de este año. —Continuó Anji.

—Una respuesta razonada. —Comentó el Doctor. Él se paseaba arriba y abajo frente a la pintura, inclinando la cabeza en ángulos extraños, como si estuviera tratando de encontrar el lugar en la habitación desde el que la pintura no se sintiera mal.

—¡Razón! —Fitz se dio cuenta de que lo había dicho en voz muy alta. No sólo sus amigos estaban

volviéndose hacia él, sino también otros visitantes se habían detenido para mirar. Como si le importara. Allí era donde había visto la pintura recientemente. Sacó el viejo libro de bolsillo de su chaqueta. Abriéndolo para poder ver todo el diseño de la cubierta. La



edición de Penguin de 1960 de La Edad de la Razón. Muy confundido. Y envuelto en una reproducción de la pintura frente a ellos.

Una reproducción que gritaba de rabia y horror y de la inhumanidad de un pueblo que fue arrasado. Eso le dijo al mundo que esto estaba mal, que los miembros no deben ser separados de esa manera, que los animales y las personas no deben

morir de esa manera. Que un pueblo, una forma de vida, un sueño se había hecho añicos, fracturado y destruido - pisoteado en la no-existencia con absoluta brutalidad - y que el mundo debe tomar nota antes de que era demasiado tarde.

En contraste con la fría indiferencia de la obra casi terminada delante de ellos, que hablaba de nada más que pintura sobre tela y una comisión cumplida.

¿Cómo podría una reproducción tener una pasión de la que la versión real carecía?

La trampilla se abrió sin una protesta, inundando la oscuridad estancada con iluminación. Al cerrar los ojos ante la luz repentina, Alberto sintió la gran mano de Luiz en su brazo,

una advertencia silenciosa. Podía oír las botas en las empinadas escaleras. Muchas botas. No eran las de Joaquín. No eran las de sus aliados: debía ser

el enemigo. A menos que... algo le hubiera sucedido a Joaquín y hubiera enviado a

otros para rescatar a Luiz y Alberto de su escondite. Sí, podría ser.

Estos serían aliados, que vendrían para ayudarles, conseguirles un lugar seguro, seguro.

Tal vez incluso más allá de la frontera.

El agarre de Luiz en su brazo se tensó. Alberto abrió los ojos con cautela,

para saber si estaba bien o mal. A través de la rejilla podía entrever

hombres, moviéndose metódicamente a lo largo de la bodega hacia ellos, empujando sobre cada

estante al llegar. Hombres uniformados. Los temidos uniformes azules: los de la Guardia de Asalto.

—Alberto Martínez y Luiz Hernades. ¡Están arrestados por traición a

la República! ¡Entréguense y enfréntense a los cargos en su contra!

Los ojos de Alberto miraron hacia su compañero. Luis era un hombre grande, fuerte, competente. Él había estado en la calle luchando durante la última quincena, sin embargo,

estaba agotado por las secuelas de las subidas de adrenalina. Y por el

temor de que esto mismo pudiera suceder. De ser tildado de traidor,

arrastrado y nunca vuelto a ver. El mismo miedo que tenía Alberto,

el mismo que se estaba haciendo realidad. Las probabilidades de luchar por su huida no eran buenas, no tan

debilitados como estaban y con los brazos aún inútiles de Alberto. Luiz le devolvió

la mirada a Alberto, dejó que sus ojos parpadearan en acuerdo. Ellos pelearían si tenían que hacerlo.

Habían matado por su ideología y no dejarían la lucha ahora, era

su turno para perder.

—¡Vamos, traidores fascistas!

Dos guardias habían llegado a la estantería ahora. Alberto pudo ver el brillo de los

rifles al hombro. Casi podía llegar a través de la estantería y tocarlos. ¿Por qué no había traído un arma con él? ¿Por qué había estado de acuerdo con ocultarse cuando debería haber huido hacia el puerto y suplicado o comprado un pasaje fuera de Barcelona? Si tenían suerte, les dispararían pero eso no era lo que los rumores decían que pasaba con los detenidos. Esos que desaparecían. Cerró los ojos de nuevo, volviendo a la creencia de la infancia de que si él no podía verlos entonces ellos no los podían ver.

—¡Aquí! ¡Aquí están! ¡Fascistas!

Y podía sentir la estantería cayendo lejos de ellos, estrellándose en el sucio suelo.

Acababa de llegar a Barcelona, todavía estaba desempaquetando. Comenzó automáticamente

a hacer las conexiones, señalar y correlacionar los pequeños detalles que documentarían

esta época, estos eventos.

Se dio cuenta de que partes de él estaban todavía en París. Todavía podía ver a las jóvenes mujeres

caminando con caniches en la Rue de la Bourse, los acontecimientos seguían pasando delante de él

al igual que las películas granuladas de los hermanos Lumiere que había visto de nuevo en la década de 1890.

Él cambió su enfoque.

España en la década de 1930. Era una gran área a cubrir, pero él grabaría los eventos con tanta precisión como siempre. Era su propósito para estar aquí: su vocación. Él Era, después de todo, un Absoluto. Sin partidismos, imparcial, libre de la estrecha percepción de los seres humanos a su alrededor. ¿Cuál era ese comentario que había encontrado en

Paris? ¿Algo acerca de las cámaras? Envío un pulso rápido a la línea del Centro de Actividad, solicitando una búsqueda a través de la literatura europea de principios del siglo XX.

Vio como la consulta crepitaba por la conexión sináptica central, los parámetros de búsqueda perfectamente reproducidos mientras saltaban de un electrón al otro.

Volvería con los datos correctos cuando hubieran sido procesados en el Centro.

Volvió su concentración hacia el exterior del sistema, para ver España a través de un prisma infinito de ubicaciones. Barcelona brillaba bajo la luz del sol de un día de julio mientras los trabajadores marcharon triunfalmente por las calles con sus banderas rojas y negras

desplegadas. Al mismo tiempo, la vió mientras el invierno y el racionamiento comenzaban a atacar,

el aire glacial. En Madrid, la gente corría a esconderse mientras los bombarderos franquistas se acercaban

y los soldados que defendían la ciudad miraban, incapaces de disparar sus baterías antiaéreas

por falta de proyectiles. En lo alto de los Pirineos, diez hombres apiñados

al abrigo de la dura noche mientras cruzaban la frontera cerrada desde Francia

a pie. En una cafetería, un canadiense vendía armas a los republicanos. En un pueblo, los sacerdotes

eran fusilados contra las propias paredes de su iglesia. Jóvenes soldados corrían a retirar carteles ridiculizando al Generalísimo Franco mientras los turistas fotografiaban la catedral.

No, eso era demasiado adelante. Eso no era de su competencia. Había sido asignado para informar sobre el periodo entre 1930 y 1940, en términos coloquiales. La década de 1970 estaba demasiado lejos: eran los eventos de otro Absoluto. Él se extendió demasiado en el tiempo y demasiado poco en el espacio. Como todos los de su clase,

sabía que sólo tenía superposición limitada. Eso es que sólo podía observar desde todas las

posibles posiciones dentro de un rango limitado. Retiró los elementos que miraban hacia delante, reseteó los parámetros de su investigación.

Comenzaría con Barcelona en 1936.

—Yo soy una cámara con su obturador abierto, bastante pasivo, grabando, no pensando. Grabando al hombre afeitándose en la ventana de la izquierda y la mujer con el kimono lavándose el pelo. Algún día, todo esto se

desarrollará, cuidadosamente impreso, fijado.

- Christopher Isherwood, Adiós a Berlín de 1939

La respuesta desde el Concentrador había llevado algún tiempo, los campos de búsqueda que había

utilizado habían sido amplios, después de todo, y el Concentrador estaba siempre completo. Siempre

proporcionaba la respuesta correcta y precisa. La recopilación de información era su negocio y había sido así desde que el Sistema fue creado. Cuestionar por qué, o quién podía ahora acceder a los datos cuando ya sus creadores se habían ido hacía mucho, no era

parte de su programación.

Barcelona. Mirando a su alrededor, inmediatamente identificó los extremadamente diferentes

estilos arquitectónicos que a su vez dividían la ciudad en distritos visualmente distintos.

Advirtió

con interés el puerto que se abría en el mar Mediterráneo y que principalmente el transporte industrial y los pequeños barcos de pesca fluían a través de él. Los humanos hablaban principalmente catalán, aunque notó un nivel relativamente alto de Francés y otras lenguas europeas también en uso. Echando un vistazo a un humano, notó que, aunque el hombre estaba hablando francés, estaba pensando en Inglés y el hombre con el que hablaba estaba lentamente traduciendo de mala manera del Francés al catalán.

¡Qué torpe era este mundo! Todavía no habían desarrollado un método preciso de transmisión de datos de una unidad a otra, sino que dependían de los caprichos del discurso.

Hizo un cuidadoso registro de la conversación y los malentendidos por ambos lados. Archivó esto claramente en su memoria local, con la hora, la fecha y el lugar

sobreimpresos listos para su posterior recuperación. Mirando por todo el país, se encontró con la clave de su método de comunicaciones: el teléfono. Millones de paquetes de datos se descomponían en señal analógica y eran enviados por cables primitivos, a través de uniones e intercambiadores, hasta que eran convertidos de nuevo en sonido, en información de los seres humanos podían entender. Como todos los Absolutos, aprobó el teléfono. Era primitiva, propenso a errores y omisiones pero su estructura les recordaba al Sistema. A falta de un término mejor, al hogar. Había sido diseñado para transmitir información: era lo más cercano a un entorno natural que un Absoluto podía encontrar en esta época. Lanzó una nueva conexión con el lugar, anclando varias de sus posiciones dentro de la red de duros cables de cobre y teléfonos de baquelita. Conectó su línea de alimentación desde sistema, consiguiendo un poca energía extra para mantener el nuevo enlace en su sitio. La sinapsis era abultada y palpitante de energía mientras las señales se bombeaban en él. Una señal acústica aleatoria sonaba lo largo de ella, lo que le obligó a dedicar otra pequeña parte de su conciencia para amortiguarla. Sin embargo la información... tanta información. Iba a presentar un enorme informe de esta época, demasiados acontecimientos.

Una mujer en Madrid estaba gritando por el teléfono para pedir ayuda. Un ruso en Alcalá de Henares transmitía secretos por una línea segura, lo que pudo ser fácilmente

descifrado en el Concentrador, alguien alguna vez había solicitado tanto el mensaje como la clave que uno de los otros Absolutos sin duda había registrado. No había secretos para los Absolutos, ni mentiras que no pudieran tener algo de verdad. Ese era su papel en el universo: ver, observar, registrar la verdad.

"Yo soy una cámara con su obturador abierto, bastante pasivo, grabando, no pensando." Podía ver todo, en su ámbito de competencia, con claridad y precisión. Cada persona era un conjunto de puntos de vista en movimiento: los veía desde todos los ángulos concebibles, en todas las edades, todo superpuesto y encajado para crear una representación completa de la vida de una persona. Y a partir de cada persona una delgada telaraña

líneas brillantes se extienden, mostrando sus relaciones con su entorno, con los otros, hacia el futuro. Él no tenía tales conexiones, no tenía necesidad de diferentes perspectivas. Para los seres humanos, o las criaturas que observaran, los Absolutos eran menos que fantasmas, menos que incluso el más leve cosquilleo de una presencia.

No se ajustaban a las reglas del universo moderno y por lo tanto eran invisibles para él.

En Barcelona, dos hombres sin afeitar eran arrastrados hasta una bodega y agrupados lejos de los guardias. Los vió llegar, más tarde, al cuartel donde eran torturados. Y antes, meses antes, estaban sentados en el vestíbulo de un hotel riendo con sus amigos. Años antes, antes de que se conocieran entre sí, uno estaba leyendo libros con seriedad en la universidad, mientras que el otro trabajaba en el campo. Todo su paso por el tiempo se presentó ante él: los acontecimientos que influyeron

en tiempo de vida, las balas que acabarían con ella. Todos los eventos, todo fue clasificado en su memoria caché, lista para ser cotejada con el registro definitivo y añadido a la información en el Concentrador.

Este era su propósito. Observar sin influir significaba observar sin el conocimiento de los sujetos. Seres, tiempo, ninguno de los dos podía ver al Absoluto. Además sentía como la información fluía, se concatenaba, se compilaba. Los datos eran poder, visible para él mientras pasaban, los humanos los aportaban inconscientes, lo que provocaba innumerables estallidos de datos.

Excepto uno.

El hombre que estaba de pie en la base de un pilar en una plaza de Barcelona, apoyado y con las manos en los bolsillos de su abrigo. Su fina boca se apretó, casi como si estuviera silbando, a pesar de que no hacía ningún sonido. Y le estaba mirando.

Justo a él.

A pesar de que la puesta del sol se reflejaba en las gafas del hombre, el Absoluto podía verle

los ojos, ver lo que se estaba mirando. Una de las cejas del hombre se arqueó y sonrió ampliamente.

Todo estaba cambiando. De repente, todas las líneas entrelazadas se estaban fracturando y esparciendo a través del tiempo y el espacio. Los pulsos de información pasaban como destellos, demasiado rápidos para ser capturados. Las conexiones se rompían, deterioraban y desvanecían. Se reducían. Se reducían más y más hasta que sólo quedaba el hombre en la plaza, sólo su mirada. Todo se había ido, todo el conjunto de vistas, todas las verdades simples y puras se habían ido. Sólo había un hombre, y el Absoluto se dió cuenta con horror que él lo estaba viendo a través de ojos. Ojos humanos. Desde un sólo punto de vista, un sólo tiempo. No había otras perspectivas, no había absolutos. No había Absolutos.

Y en ese momento, el hombre comenzó a parpadear dentro y fuera de la vista, como si nunca

hubiera estado allí en absoluto

## Capítulo Dos

### *Una Casa Europea Segura*

¡Oh, diablos! Es otra de esas cosas de historia alternativa, ¿no?

Fitz se dejó caer al lado de Anji en el bajo, moderno sofá que enfrentaba la enorme pintura. Automáticamente dio unas palmaditas en sus bolsillos en busca de cigarrillos antes de detenerse de igual manera. Entonces recordó dónde estaba: ¡podía fumar en interiores! ¡Sí! No había ningún maldito letrero de “No Fumar” a la vista. Incluso había ceniceros en cada extremo del asiento, esperando a que él los ensuciara. Era casi suficiente para compensar el asunto de la realidad alternativa. Casi.

—¿Quieres decir, una de esas “Qué pasaría si Japón hubiera conquistado América en la década de 1940”? —Le preguntó Anji—. ¿O algo como “si se me hubiera roto un taco corriendo por una escalera mecánica, ¿tendría un metro diferente?”? y, ¿tienes que fumar? —Sí, quizás no tan específico y sí. —Fitz deliberadamente exhaló una serie de rápidos anillos de humo, sólo para mostrarle que aún podía. Sólo había tantos siglos en los que él podía fumar en interiores sin problemas y estaba determinado a sacar provecho de ello. Sonrió con satisfacción mientras Anji rápidamente se movió hacia el otro extremo del sofá, agitando su mano. Había pateado sus zapatos cuando se había sentado y ahora enroscó sus piernas debajo suyo, reclinándose en un brazo, apoyando en el lado angosto del sofá, alejándose tanto del cigarrillo como le fuera posible y explícitamente arrugando su nariz. En la dirección del aún paseante Doctor, que estaba, más bien cerca del mismo Fitz. Ella no iba a tratar de seguir esa causa perdida, podía decir.

—Doctor.

Hizo una pausa en su paseo y miró a ambos con el ceño fruncido. —No es una de esas, como Fitz dice, “cosas de historia alternativa” —dijo—. Tienen a ser evidentes. Estaríamos parados en frente de, por ejemplo, un retrato gigante de Franco si fuera una de esas. Renaudó su salida de un lado a otro por el vestíbulo. Fitz sospechó que, habiendo sido el área alfombrada, habría un pequeño camino hacia la trama a esta hora. Esperó a que el Doctor pasara otra vez.

—¿Cómo sabríamos que no íbamos a estar mirando la pintura de Franco, entonces? El Doctor apenas se detuvo. Lo sabríamos. Además de cualquier otra cosa, ya he vivido en la década de 1930 una vez. Estoy seguro que lo recordaría.

Fitz y Anji se miraron mutuamente, ambos con una ceja alzada. Él le sonrió, señalando al Doctor con su cigarrillo. —Tu turno —susurró. Se encorvó aún más, dejando caer su cabeza hacia atrás y extendiendo sus piernas en frente de él para que el Doctor tuviera que pasar por encima de ellos. Miró brevemente a los patrones del humo ascendiendo lentamente hasta el techo sobre él, luego cerró los ojos, contento de esperar. Sonrió cuando oyó a Anji dar un suspiro malhumorado mientras esperaba a que el Doctor pasara en frente de ellos nuevamente. Uno de sus pies estaba golpeteando el asiento como observaba al Doctor seguir un largo circuito del vestíbulo y comenzar a ponerse al alcance otra vez.

—Las cosas se están volviendo extrañas, comienzo a preocuparme. Este podría ser un caso para Mulder y Scully —cantó en voz baja. Fitz se volteó para mirarla. El Doctor detuvo su paseo.

—¿Qué? —Se veía confundido.

Anji suspiró, girando la cabeza hacia el techo. Fitz supuso que estaba aburrida. —Lo siento —dijo—, sólo fue mi homenaje a Catatonia.

Fitz pensó por un momento. —No lo entiendo —dijo.

—Homenaje a... oh, no importa. —Bajó su cabeza y atrapó la mirada del Doctor antes de que pudiera reanudar su paseo. —¿Qué es, entonces?

Él fulminó con la mirada y espetó. —Bueno, si lo supiera, no estaría tratando de resolverlo, ¿cierto?

Fitz apagó el cigarro en el cenicero, sin molestarse en incorporarse. Se preguntó si encendería otro, sólo porque podía. Tenía el sentimiento de que esto podría demorar un rato.

Esto estaba mal.

Simplemente había mucho, demasiado. Él no podía tomarlo todo. Cada vez que intentaba concentrarse en una cosa, perdía mucho más. Estaba limitado a ver sólo cuatro dimensiones. Ese era el menor problema que tenía, sin embargo. Ya no podía ver las conexiones: no había una red causal. ¿Cuál era la relevancia de esa mujer corriendo a través de una plaza, su pequeño perro ladrando y corriendo delante de ella? Podía ver que el albergue hacia el cual estaba corriendo, ver los bombarderos rugiendo sobre la periferia de Barcelona. Pero no tenía ningún sentido: ya no podía ver los patrones intrincados que ella causó, no podía ver el contexto, las finas líneas que conectaban todos los eventos. Las cosas estaban sucediendo, pero él no podía ver por qué, no podía ver las acciones que llevaban a un momento y las alejaban de éste.

La línea trasera del Sistema aún estaba abierta, al menos. Envío un pulso al Cubo, marcando parámetros de búsqueda para acontecimientos similares. La información parecía tomar más tiempo para ser enviada, no era la rapidez de datos a la que estaba acostumbrado.

Echó una ojeada a la información en su memoria caché local de nuevo, repitiendo el momento en el que las cosas habían cambiado. Alguien lo había mirado, lo había visto. La persona había estado titilando, como si no fuera sólida, pero eso no era posible. Una persona está o no ahí. Las cosas habían sucedido o no. El Absoluto siempre veía los eventos, las personas, la verdad. Duras, seguras verdades. El hombre de los anteojos había estado ahí.

Revisó el registro otra vez. El hombre no estaba ahí. Revisó el registro otra vez. El hombre estaba ahí.

No estaba.

Estaba.

No... No era posible.

El Absoluto trató de rastrear al hombre a través de los registros. Notó la cara del hombre, la forma, los colores. Envío la información de regreso al Cubo. Toda la información acumulada se iría hasta que los patrones se ajustaran, reconocieran. Entonces, sabría que el hombre es real.

Se detuvieron en la mitad de las escaleras de Montmartre, para que Fitz pudiera recuperar su aliento. Anji se resitió a comentar. El tipo era lo suficientemente grande y maduro para saber lo que se estaba haciendo a sí mismo. No obstante, había argumentado que era vital visitar el Moulin Rouge en el camino.

Incluso la mitad del camino hacia arriba por los desgastados escalones que subían a la colina hasta el Sacre Coeur, había un imponente panorama de Paris como se agitaba en el calor de Agosto y Anji estaba contenta de tener la oportunidad de verlo. Detrás y debajo de ella, la Torre Eiffel atravesaba la cálida niebla azul. Si entrecerraba los ojos, casi podía ver las enormes banderas ondeando sobre la distante Exposición. El Doctor ya había subido, claramente sin molestarse por el calor o el empinado ascenso. Anji se preguntó si podría comenzar a llevar una botella de agua con ella; no sería un gran anacronismo, después de

todo, y sería mejor que desmayarse en el sofocante calor. Por lo que podía decir, la mitad de los parisinos había dejado la ciudad por el campo más fresco, pero la afluencia de turistas significaba que aún la ciudad estaba llena de gente.

Fitz asintió con la cabeza que había tomado tanto aliento como jamás lo haría y reanudaron la subida. En Londres, Anji recordó, había usado una máquina de pasos en un gimnasio que tenía un diagrama de lo que equivalía el ejercicio con escaleras reales. El Monumento de Londres era lo mismo que doscientos veintidós, sabía. El Sacre Coeur había estado en él pero no podía recordar cuantos escalones eran. Lo peor, se dio cuenta, era que ahora deseaba estar en la maldita máquina. Así como el diagrama no revelaba que los escalones del Monumento estaban en una apretada espiral que te mareaban, había descuidado la mención de la irregularidad de los de Montmartre. Si hubiera sabido que llegar al estudio de Picasso en 1937 involucraba un pesado entrenamiento, nunca hubiera sugerido que visitaran al artista.

Para su sorpresa, el piso se niveló: había llegado a la cima. Mirando hacia arriba, vio un enorme templo en frente de ellos, como una combinación del Taj Mahal, el Pabellón de Brighton y un pastel de bodas glaseado. El Doctor estaba de pie en el patio delantero empedrado, su chaqueta rojo oscuro colgando sobre un brazo, ambas manos en los bolsillos de su pantalón. Estaba con la vista levantada hacia la construcción, con una media sonrisa y mordiendo un lado de su labio. Anji vio como un par de turistas se dirigieron hacia él hablando un mal francés y amablemente les tomó una fotografía en frente de la gran estructura. Él se volteó y la vio contra la silueta de la ciudad.

—Ah, Anji. —Se acercó y apoyó contra el promontorio muro que corría por el patio mientras esperaban que Fitz los alcance nuevamente. Le alcanzó una delgada botella y ella frunció el ceño.

—Está bien, sólo es agua mineral —le aseguró—. Menos molesto que una botella plástica de Vittel, creo.

Tomó un sorbo, aceptando su tácita disculpa por su brusquedad en el pabellón. Sólo era agua, sorprendentemente fría, considerando que provenía de una botella que el Doctor debía haber tenido en el bolsillo de su abrigo terciopelado. A menos que tuviera un refrigerador miniatura en algún lugar, también.

—Se trata de percepción —le dijo mientras ellas bebía un trago más grande de agua.

Frunció el ceño. —¿El agua?

—La pintura.

—Ah.

Se inclina sobre el parapeto al lado de él, mirando el gigante, improbable templo. —¿De que manera, o no debería preguntar aún?

—No estoy seguro. Cuando miramos la pintura vimos una versión de la misma, cuando miramos la tapa del libro vimos la misma pero diferente. Revisé cada parte de esta y son visualmente idénticas.

—Entonces, ¿algo está causando que la percibamos de manera diferente?

—Exacto.

Anji divisó a Fitz haciendo su camino a través del patio hacia ellos, aún respirando pesadamente. Ella sonrió y le dio un pequeño saludo con la mano, esperando hasta que estuvo segura de que él estaba al alcance del oído para preguntarle al Doctor su siguiente pregunta. —¿Crees que ver a Picasso ayudará? Simplemente odio pensar que Fitz subió la colina por nada.

Ocultó su sonrisa ante su quejido detrás de la boca de la botella.

Estaba ahí. No estaba ahí.



Era consciente de que estaba comenzando a dar vueltas, que se estaba atascando en este problema, pero era la clave, estaba seguro.

Los resultados de la búsqueda de la cara llegaron. Ninguna coincidencia encontrada. Así que el hombre no existía. Entonces, ¿cómo pudo verlo alguna vez?

Los resultados de la búsqueda de la cara llegaron. El hombre había sido visto en Florida en 1935, al lado de un mexicano con un rifle. Roma, 1980. El hombre se veía igual en ambos lugares. Un fracturado, parcial enlace apuntaba a Inglaterra en 1907, donde un niño cuya cara eventualmente coincidiría con los relatos absurdos de espionaje de su padre. El padre era real. Desde el padre, miles de telarañas corrían, conectándolo a eventos y personas. Excepto en dos direcciones donde los vínculos titilaban, se rompían. Una de ellas trataba de llegar al chico, al hombre, a la imposibilidad.

Los resultados de la búsqueda de la cara llegaron: ninguna coincidencia.

Estaba ahí/No estaba ahí. Aún podía ver el oscuro reflejo en los anteojos del hombre, el oscurecimiento de la rojiza puesta de sol. Sin embargo, la plaza estaba vacía; ningún hombre estaba parado en la fuente, ningunas gafas donde la luz pudiera reflejarse.

Sintió un estallido de energía descendiendo por la línea desde el Cubo. Nueva información, los resultados de su primera búsqueda de consulta acerca de la situación. Le tomó un tiempo llegar, la conexión cada vez se desgastaba más.

La información se desplegaba en su conciencia. Había una solución, una manera de restaurar su superposición.

La rueda trasera del coche se estrelló contra un bache, sacudiendo las columnas vertebrales de los pasajeros y causando que la cabeza de Durruti golpeará el techo nuevamente.

—No puedo creerlo —gritó por encima del traqueteo del vehículo—. ¿Cómo pueden luchar mis hombres sin cobertura aérea?

Había llegado el día anterior, encabezando los cuatro mil luchadores callejeros en su columna a la defensa de Madrid. La capital castellana no sería tomada por los nacionalistas mientras Buenaventura Durruti viviera y pudiera mandar a sus hombres. Había informado a Miaja que estaba listo para llevar a cabo un completo ataque frontal a los rebeldes a través de Ciudad Universitaria. El General le había asegurado que una cubierta aérea le sería proporcionada, ya que los llanos llenos de maleza próximos a los modernos edificios y anchas avenidas no le proveían de cubierta. Madrid ya estaba siendo bombardeada desde el aire y sin los aviones republicanos contraatacando, sus hombres serían diezmados, por lo menos.

—¡Esos locos! ¡Esos ignorantes títeres comunistas! —Dio un puñetazo al lado del automóvil, tomando satisfacción del dolor.

—Durruti...

—¡No! ¿Dónde estaba la cubierta? ¡Dejaron que hombres murieran por culpa de su incompetencia! Su ciega obediencia a los dictados de Stalin. Luchamos por España, por el anarquismo, no por los soviéticos.

El ataque había comenzado el amanecer anterior. La cubierta aérea no había llegado. El escuadrón de milicia de Durruti ya había visto acción en ciudades, pero éstas eran batallas callejeras, o barricadas, y había sido antes de que las traicioneras alianzas nacionalistas trajeran sus metralletas o Junkers a las peleas. En la dura, fría suciedad de las afueras de Madrid, donde el Rey una vez había jugado, los hombres de Durruti eran una presa fácil. Había perdido a muchos por el bombardeo o el pesado fuego de artillería en el suelo. Peor, un puñado de sus hombres habían estado tan nerviosos por los chillidos de balas y escudos

y los gritos de los heridos, tan asustados por ellos mismos, que se habían quebrado y corrieron hacia el frente. El error le había costado a Durruti estima, en hombres y poder. Había pasado la mañana discutiendo inútilmente con el General y las otras marionetas, argumentando que aún podría recuperar Ciudad Universitaria. Ahora estaba regresando al lugar donde sus hombres se habían establecido. Esta guerra de trincheras, este avance sobre terreno abierto, no era a lo que él estaba acostumbrado, pero tenía la confianza de que podía derrotar a los fascistas. Ya estaba planeando su nueva ofensiva.

El auto giró bruscamente alrededor de un cráter de mortero, sacudiéndose a través de otro bache, y causando que los pasajeros apretaran sus dientes. Ya casi estaban nuevamente en posición, lo suficiente para que el conductor pusiera los frenos y detenerse detrás de alguna delgada cubierta de arbustos. Sus amigos salieron del auto primero, colocando sus rifles semi-automáticos en sus hombros. Durruti le dio unas palmadas en el hombro al chofer —no era su culpa que el camino estuviera lleno de hoyos y el viaje tan brusco— y salió. Mientras se enderezaba, revisó que su pistola estuviera en su pistolera y ajustó el cinturón que mantenía su antiguo saco cerrado.

—Deberíamos revisar la situación de suministros —le dijo su asistente—. Dudo que Madrid pueda o nos administre comida.

Jamie estaba asintiendo con la cabeza cuando Durruti sintió que su pecho ardía y apretaba, como si hubiera comido demasiado rápido. Su respiración de repente era poco profunda y dolorosa y quería jadear pero se dio cuenta que no podía. Y estaba cayendo, se derrumbaba hacia tras como si hubiera sido empujado por un borracho. Las cosas se silenciaron por un momento, luego su visión se oscureció, y el sonido se aclaró.

—Oh, mi Dios, ¡le han disparado a Durruti!

Intentó recordarle a Jaime que no había dioses que invocar, pero ninguno de sus músculos le respondía. Cerró sus ojos para descansar un momento, preguntándose dónde había estado escondido el tirador.

Buenaventura Durruti murió de sus heridas dos días después en el convertido Hotel Ritz de Madrid.

Tarde —

Las Ramblas es el corazón social de la ciudad. En Julio, la ciudad industrial de Barcelona se convirtió en una zona de Guerra. Este hermoso corazón del cuadrante gótico, Las Ramblas, se transformó en barricadas, los adoquines se alzaban desde sus cavidades para transformarse en misiles. La calle es un amplio bulevar, alineado con árboles, aunque el tráfico sólo usa dos delgados carriles en los extremos. El pavimento principal corre cuesta abajo desde Plaza Catalunya hasta la columna de Colón en los muelles, quizás una milla en total. Toda la calle está llena de hoteles, cafés, teatros, mercados y es el centro social de la ciudad, con gente caminando por ella todos los días. Muchos de los negocios se colectivizaron y ya no corren con ganancia: socialismo en acción. Sentado aquí afuera, siento que me separan de Inglaterra más de sólo miles de millas. Esta es una cultura completamente diferente.

Notas de resumen a un lado (la ciudad sufre de una plaga de acrónimos):

Nacionalistas — coalición de la Iglesia Católica, los terratenientes, los carlistas y casi la mitad de los militares. Intento de golpe de estado contra el GVT elegido en Julio, 36. No ganó en todos lados, pero tiene al menos la mitad del país.

Republicanos — coalición de anarquistas, unionistas, socialistas y comunistas. Elegidos para el poder, formaron la Segunda República de España. Uniones, etc. formaron la milicia para la defensa contra un alzamiento militar. Segunda República emitieron civiles con armas, etc.

Barcelona está en mano de los republicanos, luego de duros combates callejeros. Llegué hace dos noches y le presenté mis papeles a las oficinas del Partido Laborista Independiente. McNair —la cabecera del PLI local— leyó la carta de introducción y levantó la vista para mirarme.

—¿Un novelista, eh? ¿Ha venido para escribir acerca de las luchas?

—No —respondí—. He venido a unirme a ellas.

Me miró, una mirada que decía que había notado el acento, una mirada que se apiadaba de este hombre idealista de clase media que venía a combatir contra los fascistas. Otra salida para jugar a los soldados, crear su propia pequeña versión de la Gran Guerra a fin de mitigar la culpa de haber sido simplemente demasiado joven antes. Para saciar la sed de sangre que e había llegado en la preparatoria.

Me llevó a las barracas de Lenin, me inscribió con el POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), el equivalente local al PLI. Aparentemente, si hubiera llegado con papeles del Partido Comunista me hubiera unido a las nuevas Brigadas Internacionales. Como no fue así, estoy en las barracas mientras el POUM consigue reunir otra centuria de luchadores para ir a la línea.

Pasé la tarde intentando hablar con los otros voluntarios, con mi no muy buen español. La mayoría hablaba catalán, sin embargo, el cual comparte mucho vocabulario con el francés. Bebimos, cantamos y nos dormimos.

El entrenamiento es espantosamente malo. Hay mucha marcha y gritos, pero poca práctica real con armas. Muchos no tienen pistolas, siquiera, y el uniforme es harapiento. Nos vemos más bien como un grupo de vagabundos. Por la tarde, les mostré a algunos de los otros cómo desmantelar y limpiar el antiguo rifle Mauser que me habían entregado.

Sospecho que la última vez que vio servicio fue en la Guerra Bóer. McNair se acercó con más reclutas para ver cómo estaba. Parecía sorprendido de encontrarme aún ahí, aún más interesado en pelear que escribir.

Hoy, la centuria no estaba confinada a sus barracas, así que deambulé por la ciudad. Los edificios están cubiertos en carteles, llamativamente salpicados con el rojo y el negro del movimiento anarquista. El transporte requisado, embandunado con las iniciales de los tantos grupos políticos que dirigían la ciudad, subía por los anchos bulevares o a través de las plazas a una peligrosa velocidad. Ver las notas al frente de este diario para impresiones iniciales.

Todo el mundo es “camarada”. El personal de los colectivizados cafés trae comida o bebida sin el antiguo servilismo. Esta es una ciudad libre de las obligaciones de clase.

Aún así, hay filas de pan.

Pasé la primera parte de la tarde sentado en un café, habiendo arreglado encontrarme con McNair ahí. Paseó por la calle hacia mí. Había dos personas con él, caminando a ambos lados. La mujer tenía cabello oscuro, apartado de sus serios ojos y metido dentro de una boina. Unos rulos escapaban, sin embargo, y ella los corría detrás de su oreja mientras discutía con McNair. El hombre era delgado, casi enjuto, ojeando a su alrededor mientras caminaba y con una mano descansando en algo que colgaba en una correa de cuero de su hombro. Ambos estaban vestidos en las irregulares ropas negras de trabajo de la milicia anarquista, la Confederación Nacional de Trabajo (CNT – más iniciales).

Los introdujo como Miquel Serrano Domínguez y su hermana, Eleana. Ambos trabajaban en La Batalla, uno de medios de comunicación anarquista. Estreché manos con Serrano Domínguez. Ambos catalanes eran más bajitos que yo – me parece que estoy cabeza y hombros por encima de la mayoría aquí. Eleana se acercó y me dio la mano también. Ella preguntó si era, como McNair le había contado, un escritor y en qué estaba trabajando. Le

expliqué que sólo estoy en la etapa de notas por el momento. Hablamos por unos minutos, ambos en francés.

Serrano Domínguez se sentó, poniendo su cámara en la mesa y sonriendo ante mi acento. —Tal vez podría considerar en escribir un artículo para La Batalla. —Serrano Domínguez habló en inglés—, ¿cuándo ha estado usted al frente?

Intenté explicarle que era un novelista, no un ensayista.

Había seis, para su primer intento. La información contenía instrucciones y una verificación había mostrado la información biológica necesaria. Era un asunto sencillo, para uno que pertenecía al Sistema. Reunir información desde el interior de los cerebros de los habitantes del planeta.

La información de una criatura era pobre: su visión estaba limitada a las formas y débiles colores. Su fino sentido del olfato era interesante pero carecía del complejo lenguaje de los humanos y su oído era demasiado sensible como para ser de mucho uso. Encontró a los humanos dolorosamente ruidosos. El Absoluto retiró la conexión del gato del callejón: no proveía información útil.

Los humanos eran mucho más interesantes, no obstante. Comenzó de a poco, concentrándose en un grupo sentado en un café.

Percibió al alto, delgado inglés como un turista. Blair se veía demasiado enfermo para ser un combatiente, especialmente con la larga bufanda envuelta tan ajustadamente alrededor de su garganta. Él estaba aquí para observar, no para participar. Su hermano le estaba hablando en inglés al hombre, contándole sobre los días y noches que habían pasado en las barricadas, en Julio. Era negligente en mencionar el olor a sangre cocinándose en los adoquines en el sol, o las horas anhelando que terminara. A Miquel siempre le gustó embellecer la lucha. McNair estaba callado, sentado fumando un cigarrillo, habiendo oído esto antes.

Estaba observando la reacción de Blair a la historia de Serrano Domínguez. Blair estaba asintiendo y sonriendo, y sólo ocasionalmente hacía preguntas. Había revisado las credenciales de Blair, arriesgando un mensaje a Londres para asegurarse de que el extraño no era un espía CP. Eleana estaba más delgada que hace unas semanas —el racionamiento estaba comenzando a surtir efecto. La camarera estaba más linda, sin embargo.

Los cuatro eran pobres y dos eran ingleses, con sus ásperas y pálidas caras. Todos ángulos y codos. Podrían dar propina, ya que aún tenían el hábito. Estas pagarían por un Nuevo par de calcetines, quizás. Esa Eleana, no la extrañaría si nunca regresaba al café — con su regordeta cara y su pelo desalineado, arrastrando a su pobre hermano.

El recién llegado estaba con los ojos abiertos, escuchando cada palabra, impresionado con su valiente lucha en las calles en Julio. Había sido un tiempo emocionante, nunca un momento aburrido como las calles corrían con sangre y ellos derrotaban el ejército regular con facilidad. Este Blair era viejo, su cara estaba lineada y cacarañado y tosía como un tuberculoso. Esta debía ser su primera visita a un lugar tan loco como Barcelona, se veía tan asombrado. McNair estaba escuchando con mucha atención también, sólo Eleana parecía aburrida. Quizás el inglés desmontaría su historia y la enviaría a Inglaterra, para publicarla.

El fotógrafo español habló mucho, y rápido, en una mezcla de francés y español, por lo que tuvo que concentrarse para entender siquiera la mitad de la historia que estaba siendo relatada. La distorsionada canción había comenzado en el altavoz del café de al lado haciendo que la historia del muchacho fuera aún más difícil de oír, aunque los demás

parecían escuchar bien. La mujer llevaba la ropa tosca de las clases trabajadoras pero él había oído su acento y sabía que estaba visitando barrios bajos.

Esto no estaba bien: cada uno de ellos veía la situación de forma diferente. Uno escuchaba música del altavoz y los otros no. La gente se veía diferente dependiendo de la percepción de aquellos que estaba leyendo.

El Absoluto comenzó a intentar resignarse a las diferentes versiones. No tenía sentido. Trató con más y más cintas, buscando más y más perspectivas del mismo evento. Los cuatro sentados fuera del café eran trotskistas, tramando actuar en contra del Partido Comunista. Eran anarquistas, del tipo que había destruido formas de vida de las personas y las hicieron esconderse en ropas de trabajadores y hablar su lenguaje de “camarada”. Apenas si lo notaban.

Esto no estaba para nada bien.

—Eso fue un complete desperdicio de tiempo —comentó Fitz mientras comenzaban a descender por la colina.

El Doctor agitó un trozo de cartón pintado que había sido apresuradamente envuelto en papel. —No completamente. Su amante me dio un buen boceto preparatorio para la pintura.

—Para añadir a la enorme pila de obras de arte amontonadas en la biblioteca esperando a ser colgadas algún día. —Anji remarcó. Había visto la pila ella misma: una colección que se vendería por una fortuna en Sotherby, toda apoyada contra las estanterías de libros rústicos o extendidos sobre una de las largas, pulidas mesas de lectura, cubierta al azar con papel libre de ácido. Casi todos eran trabajos sin terminar, bocetos o borradores, parciales vistazos de obras maestras terminadas. Aún vale una fortuna para los coleccionistas correctos, no obstante.

—Ah, pero la mayoría de esos son falsos.

El Doctor los encabezaba, en una sola fila, a través de la multitud en la Plaza Clignancourt, empujando a los artistas y animadores, sosteniendo su boceto de Picasso en frente de él tiernamente. Tuvieron que alzar sus voces para escucharse sobre la variedad de músicos callejeros y grupos de café.

—¿Falsos? ¿Todos? —Anji vio la fortuna disolverse. Ahí se fue su plan de llevarse algunos con ella y venderlos como un regalo de despedida y/o compensación por parte del Doctor.

—La mayoría —dijo Fitz detrás de ella—. La TARDIS se reconstruye a partir de los más pequeños átomos, incluyendo todo su contenido. Todo ahí, desde que fue restaurada, es falso, incluso el primer folio en la biblioteca o este viejo libro...

Anji chocó con el Doctor y tuvo que retroceder rápidamente como el se volteaba. Su talón ladró en la espinilla de Fitz y él tuvo que poner un brazo para detener la caída de ambos.

—¿Este libro es parte de la biblioteca de la TARDIS? —preguntó el Doctor, ignorando a la gente que murmuraba mientras empujaban repentinamente el trío estacionario

—Bueno, sí. —Fitz de repente se vio a la defensiva. —¿Dónde más conseguiría un libro para leer aquí?

Ante el gesto del Doctor, Fitz haló el libro de su bolsillo y se lo entregó. Anji encontró el boceto en sus manos como el Doctor tomó el libro y le tomó un momento encontrar una manera de sostenerlo sin ser golpeada por la gente que pasaba o verlo en su cara. El Doctor estaba ojeando la maltratada novela, como comprobando que las páginas fueran reales. Sacó el marcador y miró a ambos lados del mismo. Fitz estaba observando con el ceño fruncido ya que perdió su lugar. —¿Qué...?

El Doctor movió el libro en frente de ellos. —Esto, ¡esto es parte de la TARDIS!

—Ya lo entendimos, Doctor. —Anji venció Fitz en ello.

—¿No lo ven? ¡No está afectado por el contexto!

Anji y Fitz se miraron el uno al otro. Anji intentó sugerir con sus ojos que llevaran al Doctor a un lado, para calmarlo. Fitz simplemente la miró, perplejo. Trató de averiguar lo que el Doctor quería decir: claramente, preguntarle no iba a funcionar mientras tuviera ese rostro de entusiasmo —casi maníaco— en su rostro.

—El contexto de la pintura es la galería —se aventuró. El Doctor sacudió su cabeza, sonriendo.

—No, piensa en grande.

—¿París?

—Más grande. El contexto es la completa cultura del oeste en este momento. Justo como tú —le hizo un gesto a Fitz—, primero lo viste en las paredes de familias que habían perdido a alguien en España y eso influenció en cómo ves la imagen.

Ahora lo vio, pensó. El interior de la TARDIS raramente se veía afectada por su entorno, ya sea “en vuelo” o establecida en un planeta alienígena o en el sótano de un burdel. Era constante, firme. Sin tiempo, culturalmente neutral. Los llevó fuera de esas sutiles influencias.

—¿Cómo percibimos si la pintura está siendo afectada por la cultura? —le dijo a Fitz. Frunció el ceño. —¿Es eso?

—¿Es eso? —El Doctor lo miró fijamente. —La historia no es simplemente una lista de eventos, Fitz, es cómo percibimos esa lista, cómo se presenta esa lista para nosotros. Esta pintura es tan importante en cómo el conflicto español es visto para el futuro que si es alterado sugiere que alguien o algo a cambiado cómo la historia es percibida.

—Pero eso -

—¡Sí, importa! Piensa en cómo vemos la historia. Tú viste los pabellones caídos por el Sena. Si crees la historia como es presentada por los historiadores stalinistas soviéticos, no estarías al tanto de los millones que mueren en realidad en los gulags.

—¿Qué?

—No importa. —El Doctor estaba prácticamente esperando en el lugar ahora, empujando su pelo de su cara y mirándolos con seriedad. —Lo que importa es que si la percepción de la historia es controlada o cambiada, puedes hacer que la gente crea cualquier cosa. Es tan peligroso como el cambio de la historia misma. —Los peatones estaban comenzado a reducir la velocidad, tal vez esperando que sean entretenimiento callejero. O al menos entretenimiento. Anji les sonrió e hizo el universal gesto de locura, haciendo girar su dedo cerca de su sien. Obtuvo unas sonrisas simpáticas como respuesta.

—¿Ves? ¿Ves lo que hiciste, entonces? —dijo el Doctor con seriedad, señalándola—. Hiciste que me perciban como loco, cuando en realidad sólo estoy muy preocupado. Esas personas creerán por el resto de sus vidas que vieron a un hombre loco.

—No se estarían tan equivocados —murmuró Fitz. El Doctor lo miró fulminante.

—Escuché eso. Bien. —Los tomó por los brazos, tirándolos hacia la empinada pendiente de las escaleras de Montmartre. —Solucionaremos esto. Y no, Fitz, no iremos a Moulin Rouge. El motor del coche gruñó como el conductor lo forzó a continuar a pesar del estado del camino, y Antonio comprobó quién llegaba. Todo el día autos y carretas habían llegado e ido, transportando a las personas más importantes desde y hacia su base de operaciones. ¡Importante! ¿Por qué le conceden un status sobre los demás? Consiguen sus autos y vehículos, comidas en la ciudad y una base de operaciones que no está bien de frente. No tenemos nada. Conseguimos marcharnos de aquí - ¡marcharnos! Ni siquiera fue votado correctamente. Nos dijeron que atacáramos la línea frontal rebelde. ¡Dijeron! ¡Ordenaron! Sin debate, sin discusión. Ninguna opción más que correr hacia adelante. Y caudno alguien se negaba, porque no sabíamos por qué estábamos en esta lucha, porque el proceso de

concenso se ha ido, eramos castigados. Nos dicen que no somos buenos anarquistas porque no saltamos cuando Durruti grita. Bueno, ¡ya no más!

Antonio observe como dos hombres salían del recién llegado coche. Sólo le quedaban dos rondas de las diez que se había arreglado para encontrar ayer. Revisó doblemente el perno del viejo rifle, asegurándose de que no se atorara. Pasó demasiado durante la batalla, demasiados hombres murieron por ello. Uno de los hombres volteó la cabeza y Antonio lo reconoció. Alzó la culata del rifle a su hombro y estabilizó el codo en una rama de árbol. ¿Era esto lo correcto? ¿Llevarse a un héroe? Sí, estaba bien: había sido un héroe una vez, pero ahora llevaba la coacción y reglas. Se había convertido en el enemigo que estaban combatiendo, tomado en su propia jerarquía. Entrecerrando los ojos para apuntar al hombre que salía del auto, apretó el gatillo con un dedo tembloroso. Vio a su héroe caer.

Buenaventura Durruti murió de sus heridas dos días más tarde en el convertido Hotel Ritz en Madrid.

Serrano Domínguez se inclinó hacia delante en su silla, sus ojos repentinamente siguiendo una figura corriendo a toda velocidad por Las Ramblas. Se veía bastante como Diego Garcia, quién —se rumoreaba— no estaba feliz con la coalición actual. Era conocido por su obstinado deseo de ser martirizado por la causa anarquista y nadie se había sorprendido de encontrarlo en las partes más sangrientas de las batallas callejeras, o incitando a las multitudes a quemar iglesias. Y había estado inusualmente callado estos últimos días. Un rumor había sido que había ido al frente, desesperado por la bala fascista que llevaría su nombre a la gloria. Aunque Serrano Domínguez no lo había creído, y su hermana Eleana había resoplado con desdén ante la idea.

—Garcia quiere ser un mártir —había comentado con cinismo—, y morir en una lodosa trinchera por heridas de metralla que no te harían tal cosa, sólo muerto.

Entonces, ¿por qué se veía de nuevo a Garcia de repente?

Miquel no pudo resistirse: tomó su Leica de la mesa y comenzó después de la figura fugaz.

—Perdoni, camaradas —llamó apresuradamente sobre su hombro. —Eleana, ¡te veré en casa!

—¡Miquel!

Se dio vuelta para mirar a su hermana, quien se había parado para gritarle, pero siguió trotando por la calle. —¿Qué?

Como si no lo supiera. Su hermana mayor siempre lo había enviado con una advertencia o imprecación, como para reafirmar su posición como cabeza de la familiar. Ella parecía tener especial deleite en pretender que aún era un niño, con recordatorios acerca de usar un abrigo o cuidar su tobillo en el empedrado. Pero, cuando se había caído durante el asalto de la Sagrada Familia, ella también había sido la primera en ayudarlo y llevarlo adelante.

—¡No uses todo el carrete! ¡No sé cuándo llegará más! —le gritó.

Sonrió y burlonamente la saludó, antes de voltearse para enfrentar la dirección por la que estaba trotando. Dobló en la calle justo cuando Garcia se zambulló en un pasadizo más angosto. Definitivamente era él —nadie más era tan capaz de llamar la atención sobre sí mismos mientras actuaba furtivamente.

Se movían más profundamente dentro de las callejuelas estrechas de Barri Gòtic, carriles fríos, donde la luz del sol no llegaba en ningún momento del día, y donde ni una línea recta estaba en evidencia. Serrano Domínguez no era un experto recorriendo esos lugares, siempre quedaban pequeños pasadizos para explorar, pero se dio cuenta de que la dirección general que Garcia estaba tomando era hacia el edificio principal del PSUC.

Miquel comprobó que la correa de la cámara estuviera firmemente colocada en su hombro antes de levantarla, verificando el número de exposiciones usadas. Si tenía suerte, si había

un incidente, obtendría una buena fotografía para el periódico. Evidencia fotográfica valía cientos de palabras morales de Eleana.

Estaba a medio camino entre mirar la Leica y corroborar los movimientos de Garcia cuando sintió que toda la sangre había escurrido de su cabeza deprisa. Sus apresurados pies vacilaron, se sacudieron del inconsciente ritmo de correr, y se estrelló contra el pavimento adoquinado.

Algo se había apoderado de él.

Rodó sobre su espalda en la canaleta, mirando hacia arriba para ver a su agresor, para averiguar contra qué tenía que pelear. Se hizo un ovillo, acostado sobre un lado, ahora, las manos sujetadas en su nuca como si pudiera detener el incesante tirón. Se aferraba a él, tiraba de él. Un pie pateó y empujó contra el cordón, inutilmente tratando de moverlo, de obtener ayuda de algún lado. Mírenme, quería gritar —o tal vez estaba gritando—

¡Mirénme! ¡Ayúdenme!

Cerró sus ojos fuertemente por el dolor, intentó eliminarlo. Las luces estaban explotando en rojo contra sus párpados, palpitando azules y haciendo girar verdes manchas que flotaban en diagonal, una y otra vez, trazando y destrazando el mismo camino doloroso en sus ojos. Y arqueando blanco, estroboscópicamente horizontal.

Podía ver algo: una mancha borrosa y oscura, girando y retorciéndose en un pálido fondo.

El empujamiento de un miedo sin esperanza. Sonidos, ensordecedoramente fuertes.

Ásperos y profundos gemidos, dolorosos y desagradables.

Una bota de repente sobresalió de la mancha, sacudiéndose y rechinando. Entonces,

Miquel pudo ver algo más, machas grises, teñidas con el más débil tono de rojo sangre.

Flores, eran flores. La misma forma básica que una vez había notado inconscientemente mientras caía. Obtuvo otro vistazo rápido de la oscura forma y la reconoció.

Cada nervio gritó que no debía, pero intentó abrir sus ojos. En pocas palabras, vio el curioso ojo ámbar de un gato callejero sobre él, antes que retrocediera y huyera. Mientras rogaba que el dolor terminara, reconoció con terror las palabras que corrían a través de su mente, quizás incluso murmuraba en voz alta.

—Santa María, Madre de Dios...

No, tenía que parar. No había dioses, ni tampoco monstruos. Ningún dios, ningún monstruo.

Tomó la frase, tratando de cantarla. Las luces regresaron, bailando y explotando como silenciosos fuegos artificiales en su cabeza. La pequeña bola que era su cuerpo se estaba reduciendo, haciéndose más densa. Ya no podía separar sus brazos de su torso. Estaba rodeado por luz, energía. Tuvo la extraña sensación de estar viajando, de ser arrastrado a través de una red de oro. Entonces, alcanzó el corazón y sintió enloquecer. Miquel gritó como si cada partícula de su cuerpo se estuviera separando.

El Absoluto estudió críticamente la información que había sacado. El cuerpo no había sobrevivido al ser puesto en la física del Sistema, por lo que el sería incapaz de ver cómo trabajaba su cerebro. Tendría que encontrar otra manera de entender la manera de ver de los humanos.

¿Eleana?

El Absoluto estaba intrigado. Cuando el chico había sido convertido por la fuerza, sus recuerdos se habían almacenado por el Sistema. Ahora, podía repetir la vida entera de Miquel Enrique Serrano Domínguez y remitirla a otras versiones de ésta. Al menos, era un comienzo.



## .Capítulo Tres

### *Algú Fou Assassinat*

El lamento irregular se hizo más alto y calló por última vez, para el de Fitz.

—Eso ha dejado todo claro —le dijo a Anji, quien se había metido instintivamente de nuevo en la TARDIS cuando abrió la puerta y oyó el grito de sirena. Bajó el brazo con el que se había pegado al marco de la puerta para dejarla salir completamente a la calle, aunque cuando pensó en ello supuso que ella podría haber caminado sin problemas sin tener que haber agachado la cabeza.

Dio unos cuantos pasos alejándose de la máquina del tiempo, fuera a la acera brillante de la noche. Estaba lloviendo, el agua estaba congelando el aire su alrededor y convirtiendo el distante destello naranja en un fuego borroso. Se giró lentamente sobre la punta de sus tacones, con los brazos cruzados.

—Ven a la España soleada —dijo, con una sonrisa medio afectada.

—Igual estamos en la meseta —sugirió con su voz más seria. Ella le puso mala cara y después le sacó la lengua.

—Grandullón —murmuró, sonriendo.

—Cerde capitalista —replicó.

—Hippie.

—Pequeñaja.

—Niños —intervino el Doctor desde la puerta de la TARDIS. Estaba aguantando unos viejos sobres arrugados contra su pecho mientras se apresuraba a cerrar la puerta después de salir él y con un paraguas sobre la cabeza. Fitz se adelantó y cogió el mango de bambú curvado del instrumento, sonriendo al tiempo que Anji abrazaba su chaqueta con fuerza y se le unía bajo la relativa protección. Había un sonido metálico satisfactoriamente fuerte proveniente del mecanismo de bloqueo de la puerta que no era, Fitz sabía, en realidad un Chubb de doble bloqueo. Básicamente porque Anji siempre andaba diciendo que era un pestillo Yale de 1968.

El Doctor se volvió para mirarlos, rechazando la oferta de Fitz por algo de espacio bajo el paraguas. Cosa que alegró bastante a Fitz: el material había salido despedido por un rayo, así que no había forma de que ellos tres pudieran taparse bajo ella sin que alguien se calara hasta el cuello. Y sabía por experiencia que no iban a ser precisamente ni Anji ni el Doctor.

—Nosotros queremos ir por aquí, me parece —dijo el Doctor, señalando la inclinada calle abajo. Había muy poquita gente en la acera, emergiendo de donde quiera que ellos se hubieran estado escondiendo durante lo que debía de haber sido una incursión aérea. Cuando siguieron al Doctor colina abajo, Fitz procuró mantener el paraguas sobre Anji, pero su diferencia de altura lo hacía imposible: ella estaba prácticamente corriendo para no atrasarse. Sintió que su mano de cogía del codo derecho, con un aire de desafiante «menciones esto o estás muerto chaval» en ella. Fitz sonrió pero rebajó su velocidad considerablemente.

El Doctor los había llevado hasta el paseo marítimo, así que los sonidos combinados del océano y los intentos de los bomberos en el incendio más cercano a la zona portuaria tapaban la conversación.

—¿Entonces esto es...? —Le preguntó Anji.

—Bilbao, al norte de la costa de España. 1937.

Fitz ni siquiera se había enterado de lo tenso que estaba hasta que sintió la otra mano de Anji, preocupada, en su antebrazo. Miró al Doctor y después hacia el mar. En algún lugar, al

otro lado de la bahía de Vizcaya, un Fitz Kreiner sin apenas dientes estaba gateando por ahí, felizmente ignorante de su futuro. El suertudo.

—Esto es lo más cerca que la TARDIS quería estar del Guernica —estaba explicando el Doctor. Fitz continuó mirando las formas difuminadas del horizonte: las vagamente visibles siluetas de los barcos, que sólo se distinguían cuando eran más oscuros que el cielo encapotado de la noche y muy aun así parecían parte del océano. 1937. Hay algunas fechas que se te quedan en la cabeza, se percató, fechas que automáticamente te llaman la atención, y los años alrededor de tu nacimiento son algunas de estas. Significaban algo, pero sólo para ti.

El Doctor sacó una de los dos sobres con una de sus medio sonrisas de preocupación patentadas. Fitz puso el mango del paraguas en la doblez de su codo para que Anji no tuviera que procurar mantenerlo sobre su cabeza, y abrió el sobre coloreado. Papeles. Una falsa identidad. Otro nuevo papel que interpretar. Su propio nombre al menos, con un sello de “nacionalización” inglesa en ella, un lugar de nacimiento prusiano y una falsa fecha en 1907. Bueno, al menos parecía de la edad correcta.

—Cuidado, la tinta todavía está húmeda. Quiero saber que le pasó exactamente al Guernica —le estaba diciendo el Doctor—, necesito una fuente de primera mano.

Una fuente de primera mano de una ciudad siendo arrasada hasta la médula. En el medio de una guerra civil. Genial.

—¿Entonces tenemos que pillar un transporte para meternos en esta ciudad? —Preguntaba Anji. Había vuelto a sujetar fuerte la chaqueta ahora que no tenía que mantener el ritmo para alcanzar a Fitz, y parecía decididamente infeliz en cuanto a todo el embrollo. El Doctor sacudió la cabeza.

—Nosotros no, sólo Fitz.

—¿Qué?

Fitz plegó los papeles y los metió en el bolsillo de dentro de su chaqueta de cuero antes de mirar al Doctor a los ojos con un silencioso “¿por qué yo?” La difusa luz del incendio detrás del Doctor dejaba el rostro del otro hombre en una penumbra ilegible. El Doctor miró brevemente al suelo, arrastró guijarro hasta la esquina del muelle. Sorbió la nariz y cuando alzó la vista Fitz pudo ver de repente los ojos claramente. Y había conocido al Doctor lo suficiente como para estar seguro de que eso era una mirada honesta.

—Confío en que vuelva.

Jaime había empezado a quedarse dormido con la cabeza apoyada en la parte posterior del coche, sacudiéndola de nuevo a posición vertical mientras volvía a la pista. No estaba cansado, no podía estarlo mientras fuese el ayudante de Buenaventura. Aunque estaba agotado. Los días marchaban así; interminables y discutiendo con el Consejo de Defensa de Madrid. Él no era político, al menos no en la forma compleja que involucraba negociar todos los detalles. Pero era bueno en las cosas básicas, y estaba tras Durruti. Luego hubo un ataque abortado en la Ciudad Universitaria y su furiosa vuelta sobre más argumentos sobre el por qué no se habían presentado los peces gordos. Se enrabió e inutilizó la adrenalina. Jaime sentía como si no hubiese dormido en días, pero tenía que seguir adelante. Siempre había más que hacer, por lo menos a los dos lugares que debían ir. Durruti dio un puñetazo en el lateral del coche, por lo que Jaime tuvo que desplazarlo de nuevo.

—¡Esos locos! ¡Esos ignorantes títeres comunistas!

Jaime asintió con la cabeza, diciendo algo apropiado. Cuando el coche se puso encima, chocó con las crestas del barro endurecido que había en la carretera. Saltó tan pronto como

se detuvo, mirando a su alrededor. Nada de lo que tenía visto había cambiado, porque las cosas están siempre cambiando. En cambio, buscó algo fuera de lugar, algo que no debería estar allí. Nada.

Durruti ya estaba saliendo, tirando de una tapa y envolviéndose con su pesada capa alrededor suyo. Jaime tiró de las correas del naranjo a su hombro, dejando el rife apoyado en su cadera. Se volvió para comprobar el campamento base, dejando que sus ojos escaneasen que no hubiese ningún francotirador escondido. De cualquier lugar podrían recibir un tiro. Algo quedó atrapado en la puerta del coche cuando se volvió, tirando de su hombro. A continuación, el arma se había estrellado en el 40 Historia 101, tirándose fuera de su alcance y disparando sin control. Él estaba gritando y agarrándose frenéticamente, hasta parar el cargador automático antes de que pudiera dispararse en un pie. La maneta de apertura se había enganchado en la manija de la puerta.

Entonces oyó los gritos de su alrededor y vio a Durruti, su compañero, el hombre que había jurado proteger, acostado y convulsionado. Tenía heridas en su pecho. Buenaventura Durruti murió de sus heridas dos días después en el transformado Hotel Ritz de Madrid.

La llovizna había cesado, por lo que había regresado a la colina mojado, y con los zapatos chorreando. Anji todavía estaba abrazada a su fino abrigo. No esperaba que España fuese tan húmeda o fría, con lo que se acababa de demostrar que no se debería haber molestado el estar viendo programas de viajes.

—Solo creo que se está metiendo el problemas, eso es todo —murmuró hacia la levita del Doctor.

—Anji, Fitz estará bien. Él es muy capaz de cuidarse a sí mismo, cuando ha de hacerlo.

—¿Te refieres a cuándo lo has dejado atrás en algún lugar o ha quedado atrapado en algo que no has podido recordar?— pensó ella. No es que ella estuviese muy preocupada por Fitz, realmente le había llegado a considerar su peor enemigo y le había molestado en su misión en solitario, pero la táctica del Doctor parecía rayar la idiotez. Ella no había dicho nada de cómo Fitz había golpeado el brazo al Doctor tan alegremente y se habían dirigido entre las gentes pululantes a la dársena quemada. No tenía sentido que le molestaran esas cosas. Además, había aceptado el plan tan fácilmente que apenas había tenido tiempo de conseguir juntos un argumento antes de que él le entregara el paraguas y saliesen.

—¿Por qué no pudimos ir todos?— preguntó ella, sin aliento. Demasiadas colinas en un día, probablemente.

—Cuanto antes reunamos todas las pruebas y averigüemos lo que está pasando, antes podremos volver a nuestras vacaciones —le dijo El Doctor luego de mirar por encima de su hombro con una sonrisa. —Además, está demasiado cerca de la línea de enfrente como para que sea muy difícil que tres personas entren y salgan con facilidad, y bueno...—se interrumpió y de repente se puso a hurgar en los bolsillos.

-¿Soy una chica?

- Eso también.

Oh, por supuesto, eso. Bien, no había absolutamente nada que pudiese hacer para cambiar su género o color de piel. Tampoco era una maldita cosa que ella quería. Todo el mundo tendría que lidiar con eso. Había sentido miradas curiosas sobre ella en París, teniendo en cuenta su diferencia y casi preguntándose en voz alta lo que hacía con dos ingleses aparentemente normales. Sonrió en su interior pensando si los bobos se habrían dado cuenta de que El Doctor era, en realidad, un extraterrestre. Pensó que a ella también

podían estar observándola ahora. Era conscientes de unos ojos sobre ella, esa sensación extraña en la nuca, como si su piel notara la mirada de alguien. Mirando a su alrededor, vio a unos cuantos peatones bajando por la colina, pero ninguno se percató de ella. No habían figuras de pie en la puerta, o en las entradas de callejones, y en las calle no había una multitud reunida en cafés. No había, siquiera, un aviso. Se encogió de hombros. -Entonces ¿a dónde vamos?

-Pensé que podríamos empezar por Barcelona y ver cómo informan del atentado en las noticias.

Pensé que Madrid era la capital de España.

Por lo general, pero pasa la mayor parte de la guerra en estado de sitio, Barcelona es la menos peligrosa de las grandes ciudades.

¿Y qué pasa con la otra, la del sur oeste?

¿Sevilla? Está tomada por las fuerzas de Franco. Iremos allí la próxima vez.

Anji frunció el ceño. - Parece que estamos planificando un viaje más preciso. Quiero decir, dado que Londres aún nos elude.

El Doctor no respondió, ya que seguía ocupado rebuscando en sus bolsillos, sacando cosas fuera y volviendo de nuevo a ellos. Era evidente que no estaba fingiendo haber perdido sus llaves por vergüenza. O solo estaba buscando. Cogió un sobre y se dirigió a ella. - Te dí todos los papeles, ¿verdad?

Anji golpeó el bolsillo de su chaqueta, donde las falsificaciones estaban seguras. Podía sentir el reborde exterior de su pasaporte falso. Era más grande y más duro en comparación con el debilucho pasaporte rojo de la UE que todavía tenía en su habitación de la TARDIS. Ella estaba segura de haber visto en él la palabra "imperio". El pasado, realmente, estaba en otro país, pensó con una sonrisa.

-¿Y Fitz se reunirá con nosotros en Barcelona?- Anji bajó un poco la voz cuando lo preguntó; ella sentía, de forma irracional que alguien les observaba, a pesar de la calle semi desierta y de las pocas personas corriendo con las cabezas gachas.

-Sí, si. Suponiendo que alguna vez encuentre mis llaves iremos dónde él.

Eleana maldijo cuando su cepillo se vio envuelto en un buen nudo. Había intentado todo lo posible, como atar trapos húmedos la noche anterior, con la esperanza de controlar sus ondas rebeldes. No había funcionado bien, y ahora tenía sueño así que no habría más remedio que arrancar. Tiró el cepillo sobre las sábanas y se puso unas horquillas para tener mejor cara. No le importara con tal de que fuese práctico, pero odiaba la forma en que los hombres desaliñados del cuartel se reían cuando las mujeres practicaban el ejercicio, haciendo comentarios sobre su apariencia. Y más ellos con sus caras sin afeitarse y malolientes, incluso antes de ir al frente.

Agarró un grueso abrigo que se había apropiado de algún vestuario de alguna mujer de propietario en Julio y miró alrededor de la sala sin que nada hubiese olvidado. Hoy habrían panfletos y tenía la comida escasa en una bolsa de hombro, con lo que no debía perder el tiempo o dinero para regatear con los propietarios del Café.

-Miquel! Ei, Miquel! -golpeaba la pared que le separaba y luego salió al rellano compartido. La puerta de su hermano estaba cerrada: -Miquel!

-¡Callarse!- resonó en el patio aunque Eleana lo ignoró. La pareja estaba en la planta baja donde siempre gritaban a alguien para estar tranquilos. Ellos lo hacían antes de la revolución, y lo hicieron después de ella. Probablemente habían estado de pie en el pario durante la lucha, gritando a las balas para estar más tranquilos. Ella puso la oreja en la

habitación de su hermano, pero no podía oír el murmullo medio dormido habitual de Demà. O sus ronquidos. O los ronquidos de su última novia.

-Miquel!

Hurgó en los bolsillo hasta que encontró la llave de repuesto de su habitación. La cerradura se abrió con rapidez y ya estaba preocupada de que la llave no estuviese puesta en el otro lado. Ella puso su hombro suavemente sobre la puerta, empujó y la abrió. Dentro estaba la habitual cama deshecha y las bandejas puestas al azar fijadas, con agujón de acre y amoniaco o cualesquiera que fuesen esos malditos productos químicos. La pesada manta estaba clavada en la ventana. Estaba envuelta en forma de bucle a través de los ganchos. No había ninguna señal de las botas malolientes de su hermano, o de su pesada chaqueta. O de él.

Eleana se encogió de hombros; debió estar en otro lugar anoche y se vería con ella durante el día. Siempre estaba fuera, persiguiendo algún momento, alguna fotografía, alguna chica. Ella volvió a cerrar la puerta, y bajó las estrechas escaleras hasta el patio.-Hola camarada-saludó a su vecino con una marga sonrisa, sin molestarse en hacer la mirada su característica mirada, y luego se abrió paso por las calles.

El Absoluto consideraba el problema que el mismo había introducido en el Sistema. No parecía el mismo que fue cuando estaba en sus alrededores.

El pensó que atrayendo a uno de los humanos a su propio espacio podría examinar porque el enlace craneal sugerido por el Núcleo había producido acontecimientos conflictivos. Había considerado la idea de comunicarse con el humano, bien usando su imperfecto sistema sonoro o bien, ya que estaban en su espacio, aprovechando el sistema de intercambio de datos vía electrones que había construido.

Estudió la substancia: estaba demasiado corrompida para permitir siquiera un examen de las características físicas de un cerebro humano. El acceso que había creado en la mente del chico seguía allí, pero no recibía ningún impulso de él, y el córtex al que estaba conectado era demasiado pulpa para poder utilizarse.

Pensó que así es como eran en realidad esa gente,: no eran más que materia y energía unidas, y que era solo su extraña percepción del mundo -esa extraña percepción que el mismo estaba empezando a descubrir como improbable- que les permitía verse con las formas humanas que creían tener. Parecía una conclusión poco plausible, ya que el núcleo tenía información incalculable recogida por Absolutos anteriores a él, que no habían vivido su extraña experiencia.

Así pues, tuvo que concluir que el ser humano había sido alterado por llevarlo a su sistema: que las dos esferas físicas no eran idénticas, y que mientras él podía habitar en ambas, los humanos solo podían hacerlo en la suya propia. Eso limitaba sus opciones de resolver el problema, pues tendría que centrarse en el subjetivo mundo humano. Miró de nuevo el material que había dibujado físicamente. Era completamente inútil, no aportaba nada que el núcleo no conociera ya. Tendría que volver.

El Absoluto reconstruyó los enlaces que había hecho con las mentes humanas, mientras una parte de él se centraba en los últimos datos obtenidos, y procuraba por el chico. Había aumentado sus conexiones exponencialmente, tratando de reproducir la compleja red de relaciones que había podido observar. Cada vez que uno de sus humanos marcados se relacionaba con uno sin marcar, ya fuera en persona o por teléfono establecía un enlace con el nuevo, de manera que había empezado a reconstruir su método habitual de vigilancia. El procedimiento del núcleo fue enviado, el que funcionó con Danomh, no obstante tenía limitaciones: sólo se podía usar un número limitado de conexiones mediante

la utilización de la energía estándar del centro coaxial del Sistema. Tendría que aumentarla en caso de necesitar conectarse a toda la gente del área.

-¡Pausa! Se repite una grabación de uno de los espías del norte del país. La fecha y hora indican que será el 21 de Abril de 1937 ECE. Una verificación cruzada indica las coordenadas para una ciudad llamada Bilbao, en la costa. Lo que le llamó la atención fueron las dos figuras en las pantalla, un hombre y una mujer, uno alto y otro bajo. Ambos parpadeaban al momento, al igual de la figura que había provocado el problema. Observaron que se habían registrados unos momentos de los elementos capturados en la memoria. El espía volvió a trazar la visión bajo la calle, donde estaban las figuras y se preguntó por qué iban tan extrañamente vestidas. Él le repite a ella. El espía se acerca por la calle en la que no pasa nadie en la parte interior de la colina donde se ha intercambiado un escueto hola con otro vecino caminando. El Absoluto establecido con el grifo del vecino, con ganas de ver lo que el vio cuando pasó por delante de la pareja del parpadeo. Habían dos personas de pie en la acera de enfrente, argumentando en inglés. La muchacha asiática estaba de brazos cruzados y regañando al inglés. La calle estaba vacía. El Absoluto criticaba tantas versiones como pudiese encontrar, pero cada vez que la pareja brillara y estuviese fuera de vista. Se congelaron las imágenes y las envió de vuelta en el Hub para comprobar el registro completo. Entonces comenzó sistemáticamente a buscar patrones en todos los registros españoles de 1930.

Al oír su grieta hacia atrás, estirándose mientras se sentaba en la dura silla de madera de su escritorio, Pia llamó a su superior y le miró. No estaba segura de si él la estaba mirando porque se había atrevido a mostrar signos de cansancio, a pesar de trabajar casi toda la noche por la causa, o porque se había deshecho del botón superior de su blusa y estaba, según las normas del Partido Comunista, mostrando se decadente clavícula a los demás trabajadores. Eran todos cuatro en esta pequeña oficina sin aire. Ella le devolvió su mirada endeble a su máquina de escribir y continuó traduciendo del italiano al ruso. No había ayudado a su superior, que había estado con ella durante su entrevista con los presos, al que le había insistido en hablar español. Los dos prisioneros italianos, atrapados en algún lugar cerca de la frontera y devueltos a Barcelona para ser interrogados, habían aparecido para saber poco o nada de las tropas de movimientos, o donde se suponía que debían estar los informes. Había pasado las dos últimas horas con el arranque de un informe sobre una máquina de escribir con un espacio de interferencia y una cinta que ya había sido alimentada al menos dos veces. Cuando llegara el hecho, sería tomado a la sala de cifrado donde se tecléo de nuevo, esta vez en clave, y envió a los oficiales del órgano de inteligencia.

Quien probablemente pasara un minuto, si eso, rozando la repetida “no por lo que es y olvidarse de todo”.

Para esto, se rompía la espalda en una silla de madera en una habitación que estaba por convertirse en insoportablemente cerca. Pia se estiró de nuevo, mirando a su superior, retándolo a decir nada. Sabía tan bien como ella que había trabajado toda la noche, a petición suya: que como uno de los cinco miembros del personal del Comité en Barcelona no hablara con fluidez al menos tres idiomas europeos, era más que un mecanógrafo. Ella lo había visto en La Passionora como si fuese mejor hacer un trabajo tradicional de la mujer, sin embargo, y si pensaba que la de los principales tizón del comunismo español, que apenas se sorprendió de que él pensaba lo mismo de ella.

Arrastró el brazo durante un tiempo y escribió la fila de asteriscos para indicar el final de una entrevista. Tuvo la precaución de ser suave tirando del folio fuera de la máquina: romper el papel en esta etapa sería agravante.

-Camarada, aquí está el informe de la entrevista de anoche con los prisioneros-. Ella cedió la nueva copia a él, esperando que la viera de nuevo cuando las tomó. En su lugar, se limitó a asentir a su colega, sin apartar los ojos de lo que estaba leyendo. -Gracias, camarada Samsкуро. Voy a asistir a la misma en el momento oportuno. Nosotros interrogaremos a los soldados luego a la tarde: por favor, estad de vuelta tras el servicio.

Pia apretó los dientes durante todo el camino por el largo pasillo hasta el guardarropa de mujeres, en el que se fue aplicando una pequeña cantidad de lápiz labial en el espejo y todo el camino a través del patio hasta la puerta del recinto. Segura, en la calle, sin compañeros cerca, se permitió decir algunas palabrotas a su elección en lengua materna, a sabiendas de que los dos únicos italianos que había ni estaban a su lado ni estaban fuera del alcance en alguna celda aparte.

Ella tomó el desayuno en un pequeño café de hotel de camino de regreso a su alojamiento, tras darse cuenta de que ella nunca se conformaría con dormir bien por lo que bien podría comer algo bueno antes de informar al mediodía. Sacó una copia en francés de la novela que estaba tratando de leer, dejando que su mente se cerrara a los acontecimientos de la noche anterior.

-Perdón, señorita-. Un hombre con un abrigo de terciopelo gastado le hacía señas a las dos sillas vacías de la mesa, con un encogimiento de hombros impotente que indicaba que todas las demás mesas estaban ocupadas.- ¿Podemos sentarnos aquí? Su acento era perfecto, notó Pia, pero su fraseología indicó que el francés era su segundo idioma. Echando un vistazo a la mujer que estaba de pie junto a él, adivinó su nacionalidad.

-Por supuesto, camarada- le trató en inglés – este es un país libre ahora, ¿no?

El hombre se sentó en primer lugar, con una amplia sonrisa, dejando que la mujer se sentara por sí misma. Pia se recogió su largo cabello castaño de la cara que, aunque se veía parcialmente, hablaba de años de una alimentación deficiente, y ojos ansiosos. Un intelectual al fin y al cabo. Cuando el camarero se acercó, la mujer lo miró esperanzada.

- No creo que tengas leche, ¿verdad?

Perdoni, ¿camarada?

¿Café Laa-tay? No, supongo que es demasiado pronto-. La mujer miró hacia la taza propia de la propia Pia - ¿Espresso? Dos espresso, por favor.

A medida que la mujer se echaba hacia atrás en su silla, movía su cabello detrás de sus oídos. Pia se sorprendió del corte a lo "bob" que claramente se definía o parecía que perteneciese a otra época por completo. El recién llegado se dio cuenta de su atención y le tendió la mano derecha. Hola, soy Anji y este es El Doctor. -Hola- sonrió el hombre, tendiéndole su mano para saludarle. Pia les ignoró a ambos. - Pia. ¿Eres doctora? ¿Qué milicias te han sido asignadas?

Eh, me temo que no-. El hombre miraba a la mesa mientras hablaba, girando el dedo a través de un poco del café frío derramado. -Estamos a la espera de nuestros documentos para que podamos irnos a casa.

¿Para Inglaterra?

Sí- respondió Anji firmeza, con la mirada en El Doctor. Esto era claramente un tema en el que estaban en desacuerdo. Pia se detuvo en ella: su cerebro aún estaba con el patrón de la noche anterior, catalogando cualquier información que pudiera encontrar en los recién llegados, y ver las debilidades que pudieran mostrar. Tuvo que dejarse ir, manteniendo una

parte de sí misma separada de la maquinaria del partido. Comenzando con un poco de vida social durante el desayuno.

-Por la tarde / noche -

Marchamos, si se podía llamar así, hasta la plaza. Hasta que la centuria se completara, haremos esto cada pocos días. Todas las diferentes milicias desfilarán sus tropas en la plaza. Me alojé en la parte posterior, como de costumbre. Juan me dijo durante el camino, en nuestra lengua común francesa, que en los primeros meses de lucha grandes multitudes se mostraban cada día para ver a los hombres marchar a la vanguardia. Él estaba decepcionado de que ahora las calles siguiera con normalidad, mientras los civiles sólo hacían una pausa para aplaudir.

En el camino de regreso a los cuarteles se produjo una conmoción en una calle lateral y la centuria se rompió y corrió hacia la escena. Fui con ellos, aunque mi español no fuese como ahora, era lo suficientemente amplio como para entender los gritos.

La calle era estrecha y fría. Las voces superpuestas de la multitud rebotaban en eco desde los altos edificios, distorsionadas, de manera que no podía distinguir una sola palabra. El caos del barullo me recordó las noches en Trafalgar Square, donde la discusión entre dos vagabundos borrachos podía derivar rápida y súbitamente hasta que todas las quejas por los problemas del mundo se juntaban, haciendo olvidar el motivo original de la discusión. Juan salió de la multitud, con la cara pálida y balanceándose. Le agarré del brazo y le ayudé a mantenerse erguido, preguntándole que sucedía. Él negó con la cabeza y terminó de salir, tropezando un poco, hasta la calle principal. Apretando un poco el paso llegué a ver algo en el suelo, sucio y rojo.

El fuerte sonido de botas corriendo llegó por encima de las voces. Mirando alrededor vi la Guardia llegar en masa. La noche anterior me explicó sobre este cuerpo de policía, que la facción anarquista era contraria a una fuerza de la ley, pero la admitía por lo menos hasta ganar la guerra contra el fascismo. En comparación con la variopinta milicia en la que estamos, la Guardia parecía un auténtico ejército. Iban equipados con bonitos uniformes, buenas botas, y lo más preciado de todo, revólveres.

Al llegar la mayor parte de a multitud se marchó, claramente no estaban dispuestos a estar junto a la Guardia. Me quedé, curioso de saber qué les había entusiasmado tanto. Alguien cerca del centro del grupo sollozaba. Era el tipo de sonido que haría un animal: el aliento aspirado y las vocales entrecortadas por tragos. Otros explicaban cosas a la Guardia, en lo que supuse serían grandezas: ciertamente me resultaba demasiado rápido para seguirlo. No obstante, finalmente pude ver el cuadro de la cuneta.

Había una masa de tejido y piel, arrugada y en una postura antinatural. Los miembros apenas resultaban distinguibles, de tan deformada como estaba. Una pierna sobresalía en ángulo, retorcida en ángulo recto a media pantorrilla. Me atraganté entonces, cuando el hedor llegó finalmente a mi olfato. No quise especular sobre qué le había pasado. No quise mirar más cerca. En vez de eso miré la persona que seguía sollozando y me di cuenta que me estaba mirando. Era Eleana.

Finalmente, después de habar con la Guardia en Catalán durante unos minutos, la llevé al bar más cercano. La única palabra que le entendí con claridad era el nombre de su hermano. Uno de los guardias tomó los papeles que llevaba, tratando de pasar las páginas, pero se habían pegado. Andamos hacia las Ramblas en silencio. Una vez elegimos un bar neutral (la mayoría eran partidarios de un partido u otro, e ignorarlo era peligroso) y tomamos una botella de tinto barato empezó a explicar que Miguel llevaba dos noches



desaparecido. No había aparecido por su domicilio ni por el periódico en el que trabajaba. De hecho la última vez que le había visto fue el momento en el que se levantó de nuestra mesa dos días antes.

Estábamos hablando de las acciones que tomaría la Guardia Civil, cuando atrajo mi atención una conversación en inglés. La chica tenía acento londinense y estaba ojeando el periódico en la barra.

- Mira la fecha- dijo a su compañero, -nos hemos equivocado por meses.

Mirando alrededor me fijé en su apariencia. Parecía una típica miembro del conjunto Bloomsbury, cercana a los cuarenta, con el pelo largo, y vestida de forma deliberadamente arcaica. Ella estaba, confundiendo mis expectativas basadas en su acento, del subcontinente indio. Al darse cuenta de mi mirada, la joven frunció el ceño y volvió a su trabajo como si fuera una niña de oficina de los desplazamientos de la línea del Distrito. El hombre sonrió, y se presentó como El Doctor (sin apellido) y Anji Kapoor. Estaban esperando los papeles que les permitiría regresar a casa a Inglaterra. Me pregunté si la señorita Kapoor era la esposa que El Doctor traía de regreso de la India, pero su confiado acento londinense desmentía esa idea.

Después de unos minutos de charla se unieron a nosotros en nuestra mesa para el resto de la noche. Eleana explicó su problema con ellos, a pesar de que era prudente acerca de muchos aspectos, como los detalles del cuerpo que ella creía de su hermano. Anji habló de un amigo suyo que viajaba solo y su propia preocupación por la seguridad. Esto parecía ser una observación hacia a su compañero, que parecía incómodo. El Doctor nos dijo que, mientras esperaban para volver a casa, estaban preparando una serie de artículos acerca de la situación en el lugar y Eleana se ofreció para introducirnos a los tres con los periodistas que ella conocía. Quedamos en encontrarnos en el vestíbulo del Hotel Continental a la mañana siguiente, donde muchos periodistas extranjeros se alojaban. Suponiendo que mi centuria no se enviara a la parte delantera en el íterinaje.

-Vayamos a ver la soleada España-murmuró Fitz, girando el cuello y tratando de mantenerlo. Había estado perdido cerca del puerto por un día, tratando de encontrar llegar hasta Guernica. También había tratado de encontrar un mapa, y ver si se podía ir andando. Tenía que ser, pensó, como Bilbao que tenía un goteo constante de refugiados del este, al llegar a pie con fardos de pertenencias y posturas cansadas. Aquello no era una tienda que podía encontrar con un mapa a la venta, aunque, por lo que había regresado a la búsqueda de un paseo. La llovizna había sido casi constante desde que había dejado al Doctor y Anji y su pesado abrigo crecía espinoso ya que la lana absorbe la humedad. Estaba húmeda, con los pies doloridos y convencido de que había conseguido lo peor del plan.

Se puso en camino hacia uno de los cafés que algunos de los bomberos que asistieron al incendio en los muelles había recomendado que intentara, preguntándose qué pasaría para el desayuno aquí. La ciudad fue prácticamente bloqueado, sin buques mercantes desafiando las minas para atracar. El café fino y de color casi gris del pan le recordó, una vez más, incómodo de su juventud. Diez años en la línea y unos pocos cientos de kilómetros al norte, donde el racionamiento había continuado mucho después de la bombas habían dejado. Estaba empezando a rechazar en serio la situación de nuevo.

El sobre que EL Doctor le había dado contenía un conjunto de pesetas junto con sus documentos de identidad, pero Fitz se mostró cauteloso sobre el uso de ellos. Necesitaba alojamiento y el tren les iba a Barcelona, necesitaría, posiblemente de algunos sobornos a los conductores para llegar a los lugares, por lo que iba a pasar tan poco tiempo como sea posible. Había encontrado un hostel barato por unas pesetas la noche: en el dormitorio

habían dormido como veinte y crujían las camas literas de alambre y la manta había sido delgada.

Y mucho más llena de cosas que pican - de su abrigo. Si se queda atascado en Bilbao de nuevo esta noche, iba a surgir una habitación mejor y esperamos su suerte mejoró.

Era temprano, pero había algo diferente en las calles. La gente estaba movimiento con un propósito y, al acercarse a los muelles oyó aplausos y tambores golpeados. Las multitudes fueron gruesas y Fitz se encontró después de ellos, atrapados en la charla remolino, el estallido impar de burbujeante risa.

A lo largo de la ciudad del río de gente tiró de él, de vuelta a los muelles que había estado vacía y silenciosa el día anterior y que le había dicho su adiós la noche antes. El arroyo corría más rápido, más denso y de repente reconocido el contorno de las grúas. Y los embudos de merchantship, un Alférez Real damply aleteo en la brisa marina, aún siendo las estachas apretado como bienes fueron arrojados en tierra por la tripulación. Cada vez que un haz de alimentos o tela navegaron en el aire, la gente saltó y llegó arriba, agarrando torpeza en los paquetes. Fitz no pudo resistir el impulso y saltó como una caja pequeña se arqueó hacia abajo, hacia la parte de la multitud. A su altura, su mano era fácilmente primeros en verse afectados por el objeto y algunos reflejos le permitió aferrarse a ella como se dejó caer a sus pies.

Mirando hacia arriba en la mano, todavía elevado, se dio cuenta de que estaba sosteniendo una barra de de chocolate. El, el chocolate negro amargo en envoltorios de papel de aluminio. Incluso reconoció la marca. El público ya estaba calmando ahora, los marinos mercantes haber ido por debajo de las cubiertas, y algunos comenzaron a desplazarse de nuevo a la ciudad, sin dejar de reír llamando a los amigos. Milicianos había aparecido de alguna parte y se asegurar las pasarelas a la nave. Otros estaban sobre la observación de la escena con el interés de la gente perezosa con la nada a ser. Fitz se preguntó si era vale la pena preguntar a los soldados sobre ascensores de Guernica pero parecían ser la solución por alguna descarga grave de un cargamento de alimentos y suministros. Volviendo atrás, vio a una mujer joven y un niño que se sienta en el borde de la acera, observando el multitudes. Sólo podía haber sido veinte años y el niño apenas caminar. lo

lloraba sin embargo. La mujer estaba hablando en voz baja, casi cantando, pero el chico mantuvo gimiendo. La niña tenía el pelo oscuro ondulado que no se había fijado para un par de semanas, la forma cayendo lentamente. Ella tenía buenas piernas bronceadas también, en ángulo con cuidado

para evitar mostrar su deslíz, el ternero músculos burla. Lástima el mocoso. Fitz estaba a punto de pasar por delante cuando se dio cuenta de que el niño, a pesar de no detener el rabieta, tenía enormes ojos en el bar en sus manos.

-¿Chocolate?-Preguntó Fitz, moviendo la barra alrededor ligeramente.

- Gracias, eh, gracias. Usted está en el barco, ¿no? La niña sonreía a él, con la cabeza inclinada hacia un lado. El chico dejó de gritar, repleta algunos del dulce ofrecido en su boca y luego hipo. Fitz asintió, comprendiendo su acento podría ser una ventaja para el día siguiente o para que al menos, ya que un británico barco había roto el bloqueo.

-Mira -dijo Fitz, aunque dudaba que ella entendería su comentario -Es justo lo que recetó El Doctor-. La chica sonrió, le complacerlo, pero Fitz era ya moverse de nuevo hacia la ciudad. Acababa tiene la extraña sensación de que que estaba siendo observado.

El Absoluto viajante el tiempo y sellos de fecha. La búsqueda de los dos cifras oscilan desde Bilbao habían aparecido ningún resultado, al igual que el hombre en el cuadrado. Esta vez ni siquiera había rastros débiles: era como si hubieran sido sacado del registro, como si sus acciones no eran tan reales, no como definitivo. Había comenzado a preguntarse si el parpadeo era una ilusión provocada por la estado natural de ser. Ya sea tratando de ver el mundo desde los ojos de los seres humanos estaba causando una falla en el sistema.

Luego se les había vuelto a ver. Ahora estaba cotejo. Los había visto por primera vez en Bilbao, en abril de 1937, sin embargo, ahora que estaban en Barcelona en noviembre 1936. Esto estaba mal, debería haber dado cuenta de que en Barcelona lo contrario primero La implicación era que se habían ido de alguna manera hacia atrás y apareció en la fecha anterior. Que el día se había producido con o sin ellos. ¿Podría ser la causa del parpadeo? No tenía ningún sentido, sin embargo, que iba en contra a la ley del Sistema. El sistema registra un registro preciso de los acontecimientos, veraz, precisa y concreta. Se no mutable, no podrían ocurrir eventos de nuevo, en una configuración diferente. Salvo que eran. Por todas partes se veía que vio los acontecimientos que suceden en el mismo tiempo y los parámetros espaciales que eran diferente, lo que contradice la otra. Si diez personas estaban de pie en un cuadrado cuando un camión golpeó a un peatón, cuando un peatón caminaba delante de un camión sin mirar, cuando un peatón tropezó en frente de un camión, cuando un camión tratado de desviarse, cuando un conductor de camión no se dio cuenta, cuando un camión se dirige a un peatón. Donde la gente diez vieron un evento, vieron diez pruebas diferentes. Esto era una locura.

Estas personas vacilantes, estas personas que no tienen antecedentes, fueron la clave para la situación. Si pudiera encontrar, tratar de comunicarse. Echó un vistazo por ellos otra vez, haciendo enlaces lo más rápidamente posible, eventos corriendo junto a él una y otra de nuevo, cada uno ligeramente diferente. Captó vistazos fragmentados del hombre y la mujer de Bilbao, a menudo con una tercera figura, otro hombre vacilante. La mujer estaba corriendo por los bosques oscuros, arrastrando a alguien con ella, los ojos muy abiertos. El joven levantó la vista, con una mueca, con una mano ensangrentada temblorosamente alcanzando. El anciano cayó de rodillas, gritando a las bombas que caen, antes de que la tormenta le oscureció. Ya está. A partir de cinco puntos de vista diferentes, que vio al hombre mayor y la mujer en una habitación grande. Sáb alrededor en un vestíbulo del hotel, hablando con la gente real. El Absoluto concentra en la observación de ellos.

# Capítulo Cuatro

*Con la policía detrás. Amb La Policia A L'Esquena*

Durruti había muerto.

De eso no hay duda, sin embargo Anji había escuchado al menos cuatro versiones diferentes de su muerte. Ayer, el cuerpo había regresado desde Madrid, donde por lo menos de acuerdo al uniforme, le habían disparado y más tarde murió a causa de las heridas. Había permanecido allí... así, suponía que estaba en estado, aunque no estaba muy segura de si un anarquista aprobaría el término. Caminando de regreso desde el hotel a la Tardis, ella y el Doctor hicieron una larga cola de gente que estaba esperando para presentar sus respetos, esperando pacientemente para llegar al ataúd abierto, tal como esperaban parecía que era para llegar a la parte delantera de la cola de la comida. Había encontrado la idea grotesca.

Esta mañana, la plaza estaba tan densamente llena de estandartes en material de color rojo y negro que se preguntó brevemente si el control de color del escáner estaba parpadeando. El Doctor le había asegurado que no era así y volvió a presionar una larga cadena de caracteres en uno de los teclados de la consola. De una manera que parecía un “no me preguntes lo que estoy haciendo”. Anji lo ignoró mientras se servía un café recién hecho.

—Realmente deseo que fuera un teclado mecánico, comentó, mirando irritable en el pequeño LCD de arriba y pulsando el mismo botón varias veces. —Al menos sabría con el clic que he pulsado la tecla.

—¿Qué estás haciendo, de todos modos? Pensé que estabas poniendo unas nuevas coordenadas. Anji señaló hacia el lado opuesto de la mesa de madera clara con su taza. Apoyó el codo sobre una de las superficies mas vacía y luego puso la barbilla en la mano, exactamente en la misma postura que adoptaba cuando ella se ponía al día con el chisme en la oficina. Había algo en el interior pálido del Word que incluso le habían comenzado a aparecer desgastes en la superficie, que le recordaban a su trabajo en lugar de a su casa. Se preguntó si se debía conseguir un enfriador de agua y la maceta de una planta medio muerta para completar el efecto.

—Esto... Yo solo... bueno, pensé que haríamos un poco de investigación, mientras estamos aquí, dale tiempo a esta vieja chica para reajustarse antes de saltar a la cita con Fitz.

Anji levantó una ceja. El Doctor se entretuvo con en el teclado aún más. Ella siguió mirando y vio que la miraba rápidamente a través de su pelo.

—¿Doctor? ¡Estamos cinco meses antes!

—Bueno, sí, pero nos reuniremos sin ningún problema.

Anji dudaba. —Dijiste que ayer, pero no nos hemos movido a ningún lugar todavía. Y si fuera tan fácil, ¿por qué eludes la Tierra en 2001? El Doctor parecía herido, por lo que tuvo que ceder un poco. —Entonces, ¿qué estás haciendo?

Ahora el Doctor la miró, con una gran sonrisa. —Estoy muy contento de que me preguntes eso, Jeremy sonrió y supo que él había estado esperando que le preguntara. Lo que significaba que tenía una respuesta preparada y estaba a punto de ser contada en detalle.

Anomalías. Como vimos en París, incongruencias en la manera que los eventos son reportados o difundidos, se revelan cuando comparamos el registro de la Tardis con la versión percibida fuera.

—¿Como hacemos nosotros también?

—¿Cómo sabemos si la versión de la Tardis es la correcta? —No lo sabemos. Sin embargo, lo que me interesa por ahora es encontrar esos momentos de divergencia, rastrearlos hacia atrás y ver lo que han hecho las diferentes percepciones. Estoy trabajando sobre la interconexión de la Tardis con las fuentes de información externas y luego ejecutaré una comprobación comparativa.

Anji terminó su café y dejó la taza en la parte superior del rotor del tiempo. —¿Cuánto tiempo llevará eso?

—Un par de días, supongo. Estaremos fuera de aquí en poco tiempo.

Era finales de noviembre, con lo cual debería hacer frío en las calles, Anji se había puesto el abrigo de tweed pesado sobre su blusa de seda y su falda de lana. Ya en 2001, ese tipo de ropa había sido otra locura de la moda y la mitad de Londres dudaba entre las faldas lápiz y los tacones. Anji había preferido una sencilla adaptación moderna, y ahora estaba obligada a usar esta cosa que estaba, más que nunca, convencida de no serian cómodas. Y debido a estas circunstancias imprevistas, estaba sudando. La presión de las multitudes en las calles, sus dobladillos en todos los lados, hacía demasiado calor.

Ella había salido para ir al Hotel Continental, El Doctor había sugerido que reservaran habitaciones. España era un país paranoico en 1936 y sería mejor dejar un rastro público para que nadie se preguntara acerca de ellos. Las calles laterales tranquilas habían estado más ocupadas que de costumbre, pero cuando Anji entró en la principal arteria de la Diagonal se habían detenido en seco por un momento. Toda la avenida era una masa sólida de personas, hombro con hombro, caminando lentamente. Llevando enormes banderas, a menudo de seis metros de uno a otro. Las banderas rojas o negras se mantuvieron altas. Los cánticos se susurraban en las filas de la gente, el ruido se fue desdibujando a medida que cada sección de la multitud tomaba la palabra con un golpe fuera de sincronización pero Anji no podía distinguirlos claramente. Era una multitud. Una multitud de dolientes y plañideras, se había dado cuenta, al ver el nombre de Durruti en una de las banderas. Por lo tanto, con la habilidad de su codo nacida de varios años tratando de llegar a la barra en bares concurridos de la ciudad, se había propuesto cruzar con confianza la multitud, la planificación para abrirse paso a través y caminar hacia Las Ramblas. Y se había llevado a cabo a lo largo de por lo menos cinco bloques. Y ahora estaba sudando un rato en su bonita blusa de seda.

Anji empujaba hacia los lados, tratando de que la multitud no le pisara los talones, empujando hacia adelante a sus espaldas. Quería salir de esa aglomeración, fuera de la presión de los extraños. Quería espacio para respirar, mover los brazos libremente, caminar a su propio ritmo. Para recuperar el control de dónde iba. No seguir arrastrándose en la estela de los demás. Se dio cuenta de que estaba respirando más rápido y menos profundo de lo habitual, lo que aumentaba su creciente sensación de claustrofobia. Esto no estaría tan mal, si se pudiera escabullir hasta el borde del camino... sintió que una mano agarraba su brazo y volvió la cabeza rápidamente, tratando de liberarse del agarre. Unos segundos después reconoció a la persona que se aferra a ella. Reconoció el pelo oscuro y ondulado, cejas gruesas y el giro hacia arriba las comisuras de la boca en una cara de su memoria.

—¿Eleana?

Anji de repente sentía que había unos cuantos milímetros de aire entre ella y la parte posterior de la persona que tenía delante. Tener a alguien que la conociera hacía que la muchedumbre pareciera menos abrumadora.

—Salut, Anji. Me alegro de que se haya unido a nosotros para enterrar a Durruti.

Anji se dio cuenta que Eleana había estado llorando. Tenía los párpados un poco hinchados, rosa brillante por las lágrimas y su voz sonaba nasal. Por lo tanto, lo mejor era ser prudente y no mencionar que ella sólo se estaba entre la multitud, porque había sido incapaz de salir de ella. —No me di cuenta que había tal fuerza en sus sentimientos, se aventuró.

Eleana asintió.

—Él era nuestro héroe. Vino de los barrios bajos de Barcelona para liderar la victoria anarquista. Era un verdadero luchador, un verdadero creyente en la libertad. Yo estaba..., Eleana buscó la palabra correcta en Inglés, ¿inspirado? Sí, inspirado por él. Miguel y yo leíamos sus discursos cuando luchábamos en las barricadas. Él era mi héroe.

Anji se sintió vagamente culpable ya que ni siquiera había oído hablar de él hasta hace dos días.

Eleana volvió a limpiar su cara, mirando extrañamente orgullosa a sus lágrimas.

—¿He oído que fue alcanzado por una bala perdida?

Eleana frunció el ceño. —No. Te equivocas, Anji. Fue asesinado por la bala de un francotirador fascista, fue un asesinato cobarde por parte de uno de los hombres de Franco en Madrid. Ellos tenían tanto miedo de que la columna de Durruti los derrotara que lo asesinaron.

Anji asintió y siguió caminando junto a Eleana en silencio. De todos modos era una de las versiones que había escuchado, y claramente la que los anarquistas preferían: era mejor que una de las otras, que sugería que uno de sus propios hombres le habían disparado accidentalmente o a propósito. Habían llegado a una parte más amplia de la Diagonal, y la procesión comenzaba a aflojarse. Anji le dio a Eleana unos golpecitos en el hombro.

—Me tengo que ir, tengo cosas que hacer.

La anarquista asintió y sonrió. —¿Vendrás a la reunión de esta noche, Anji? Estamos reafirmando nuestro juramento de seguir los sueños de Durruti.

Anji no podía encontrar ninguna excusa para perderselo, y aseguró a Eleana que iba a tratar de hacerlo. Salir de la lenta columna de los dolientes, que todavía tenía que abrirse camino a través de los miles de peregrinos congregados en las aceras para ver el cuerpo. Trato de torcer y esquivarles para conseguir pasar a través de ellos más rápido, Anji supuso que no sería peor que tratar de pasar por Oxford Street la semana antes de Navidad. La diferencia es que aquí no conocía un camino a través de las calles más tranquilas y se quedó con la multitud exasperante.

Fitz sonrió estúpidamente cuando le pusieron delante otra copa y alguien le dio un apretón en el hombro. Las calles todavía estaban llenas de gente jubilosa. Cuando él se sentó a tomar algo, el propietario del bar había reconocido su pobre acento y le invitó a una bebida. Entonces él le había dicho que el resto de los clientes del bar eran ingleses y Fitz le rellenaban el vaso cada vez que se lo acababa, a menudo venía con una palmada en el hombro o un apretón de manos. El único problema que tenía con todo el escenario, y él

tuvo que admitir que en este momento no era tan enorme un problema, era que no le había llegado más cerca de Guernica.

El que le había dado la última copa seguía agarrando su hombro y Fitz miró hacia arriba para darle las gracias. El hombre le tendió la mano y estrechó a Fitz automáticamente. El generoso extraño señaló asiento vacío de enfrente. —¿Puedo?

Fitz le saludó. El hombre se desabrochó la chaqueta y mientras se sentaba Fitz captó la visión fugaz del mango de una pistola a la izquierda de su cinturón. Las ligeras sensaciones borrosas y calientes provocadas por el vino barato que había fermentado en él fueron drenadas lejos y comenzó a centrarse correctamente en el extraño. Fitz se había dado cuenta de que no era de aquí ya que era un hombre alto y delgado, más pálido que la mayoría de los lugareños. Su pelo oscuro estaba cuidadosamente peinado hacia atrás y brillante por la gomina, y sus estrechas cejas parecían encontrarse en un ceño fruncido. Su mano era suave, no era retorcida o callosa. En combinación con la ropa elegante y el arma, Fitz supuso que el hombre no era local.

—Mi nombre es Sasha, dijo el hombre, y ahora que estaba buscando detalles, Fitz notó su acento. Su manera de pronunciar el inglés era diferente al silbido suave de los demás con los que Fitz había conversado.

—Fitz Kreiner. Dijo con cautela.

—¿Un alemán? ¿Aquí?

Fitz se encogió de hombros. —Nacionalizado Inglés, le dijo el otro hombre, —aunque estoy menos sorprendido de encontrar un ruso aquí.

Sasha mostró una media sonrisa. —Esto no es un conflicto de naciones, comentó, —pero sí de ideas. ¿No son todas las guerras civiles así? ¿Peleas de hermano contra hermano?

—¿Por qué estás aquí? Tu hermano esta luchando en el otro bando, ¿verdad?

El ruso dio una carcajada. —Mi hermano murió en la Revolución de Octubre, luchando a mi lado. Estoy aquí porque quiero ayudar, al igual que tu, Fitz. Todos tenemos un papel que desempeñar aquí.

Fitz se echó hacia atrás y tomó un sorbo cauteloso de su vino. Hasta ahora, todas las personas que habían sido amables con él se habían ido, sin esperar a hablar con él, pero Sasha le estaba hablando. Había una posibilidad de que pudiera darse cuenta de Fitz no había salido del buque mercante de los muelles, que él no era quien decía ser. Además, él no estaba del todo contento con la presencia de un arma de fuego. Realmente estaba poniendo su concentración al máximo. Sasha había hecho un gesto más al encargado de la barra y estaba conversando con él rápidamente en español. Al momento sujetó el antebrazo del propietario a modo de saludo, éste puso su mano sobre la del ruso y luego de nuevo en el bolsillo. El juego de manos era un poco chapuza, aunque Fitz había visto el pequeño fajo de billetes que fueron pasados por alto. Las bebidas gratis. Sobornos al barman. Había algo raro que estaba pasando, además de la paella grisácea comida por algunos clientes. Fitz puso su copa de vino con cuidado hacia abajo sobre la superficie rayada de la mesa y se alarmó cuando calculó mal la distancia y el cristal golpeó con fuerza. Él levantó la cabeza para mirar al pálido ruso frente a él. Las cosas se estaban complicando un poco y Fitz de repente se preguntó si él estaba siendo paranoico o si realmente iban a por él. ¿Demasiados espías que surgían del frío o simplemente la propaganda antisoviética inculcada en él hace años resurgió? Comunistas sangrientos...

—Espero que no te importe, pero he pedido un poco de comida para nosotros, Sasha estaba apoyado hacia él mientras hablaba, con el ceño fruncido en una aparente preocupación. —Te ves un poco enfermo.

Fitz trató de empujar la silla hacia atrás, con ganas de hacer que se fuera antes de que empezara a vomitar. Sus piernas se enredaron con las patas de la silla y acabó en suelo. Con una mejilla en el suelo de madera gastada, cerró los ojos, sólo por un momento.

- Por la tarde -

Hoy en día no existe una formación para los militantes. Durruti está enterrado y, aunque no era miembro del POUM los militantes así lo sentían ya que todos los pensantes de la disciplina han huido. Vi la procesión desde la acera: llegaron en oleadas y no pude contarlos (comprobaré mañana en La Batalla los números).

Vi a Anji caminando por la calle. Parecía molesta por la muchedumbre, así que me ofrecí a acompañarla a pie hasta el Hotel Cont. Intercambiamos una charla inútil mientras caminábamos, aunque cuando le pregunté por su amigo, el D., ella lo maldijo con palabras que me sorprendió que ella conociera. Por lo que he entendido que todavía están en espera de sus documentos, pero D. ha decidido que deben cambiar de alojamientos. A. es claramente impaciente con su amigo, pero cambió de tema rápidamente.

En el Hotel Cont. Nos encontramos de nuevo con Alb. Antes de que todo esto empezara estaba en la academia y creo que echa de menos que la universidad esté cerrada para el resto. Él estaba con un corresponsal de un periódico de EE.UU. que se presentó a nosotros como jueves. Tenía el aspecto delgado de alguien cuya dieta no podía permitirse incluir, tanto la comida como la cerveza y vestía con piel marrón desgastada y una camisa de color. Él era catalán pero pasó los últimos diez años en EE.UU., cubría principalmente la delincuencia en los barrios hispanos de Nueva York. Cuando se dio cuenta de su papel, que fue enviado para aquí. Al igual que varias de las bandas de aquí en nombre de un nacional que podría ser un espía, o por lo menos alguien que escribe la versión preferida de los acontecimientos para su gobierno. Comparando los informes de Philby en The Times vuelve a leer en la seguridad de Londres con los mismos hechos recopilados de Alb. o Joaquín muestra diferencias. Cuidado con el partidismo.

Anji y Jueves discutían de NY, aunque dijo que la ciudad era probablemente diferente a cuando estuvo la última vez allí. Decidí volver a las Barracas Lenin durante el resto de la tarde, ya que he tenido dolor de cabeza la mayor parte del día. Ahora mis notas están al día, voy a descansar un poco antes que los demás regresen de la marcha fúnebre de Durruti.

Cada planteamiento fue rechazado. Cada intento de penetrar, para aprovechar los datos parpadeantes falló. Era como si su estado líquido se hiciera incompatible con sus opciones físicas. El Absoluto no podía acercarse.

Podía monitorizar los eventos presenciados por los otros, grabar sus reacciones ante las imposibles criaturas. Ahora tenía los momentos congelados y cuidadosamente anotados frente a él, la superposición y la repetición desde diferentes ángulos. El breve destello de una figura era capturada y mantenida para su exploración, tanto allí como fuera. Las observaciones no estaban todavía puestas en orden cronológico, sino que parecían desafiarle. Cada vez que pensaba que podría darle sentido, crear una cadena causal que los vinculara a todos juntos, había un pulso externo, tangente o se reordenaban entre ellos al azar. No tenía ningún sentido para ellos.



Cada vez que pensaba que los tenía, cada vez que él estaba seguro de que eran reales, que trataría de establecer una conexión. Él comprobar un buscador de su energía lóbulo primitivo de sus cerebros pudo reconocer los extraños los observadores mentes. Había tratado con tanta energía como se atrevió al principio, sólo para encontrar el tentáculo golpeó lejos con igual vigor. Así que ahora que estaba tratando con más delicadeza, apuntando cuidadosamente el nódulo preciso en el cerebro de la niña. La veía desde decenas de ángulos mientras caminaba rápidamente desde un hotel, taconeando sobre los adoquines irregulares. Cada imagen variada, algunos se contradicen entre sí, pero podía ver la forma general de ella - una combinación que le permitió apuntar y atacar.

Poco a poco, fue tomando conciencia. Tenía un dolor detrás de los ojos, pesadez en la cabeza. No sentía realmente conectados sus miembros, sin embargo era como si su cuerpo tuviera una ocurrencia tardía entre los diversos pensamientos de dolor. Dejó escapar un suspiro y se sorprendió cuando salió como un gruñido.

—¿Cómo te sientes? Le preguntó alguien.

Fitz tosió, luego trató de limpiar disimuladamente su boca. Se sorprendió de lo torpe que sentía su brazo. Al menos no estaba atado, aunque no se sentía capaz de abrir los ojos y descubrir dónde se encontraba el momento. Se conformó con escuchar los gemidos de su interlocutor invisible que se reía de su respuesta.

—Deberías haber comido algo.

Sasha. Fitz recordó de pronto el bar, el vino, el golpe contra el suelo y su temor de que lo hubieran drogado. Sus ojos se abrieron de golpe, o eso intentaron. Sus pestañas estaban pegadas en una esquina e intento frotárselas con los nudillos, sólo veía manchas oscuras. Estaba encorvado en el asiento del copiloto de un camión, el cuero que lo cubría estaba pegado a su mejilla, la chaqueta hecha un ovillo debajo de la cabeza. Sasha se volvió hacia él, con el brazo derecho sobre el respaldo del asiento del conductor, con una media sonrisa retorciéndose en su rostro.

—Si tu eres un marinero británico, Fitz Kreiner, entonces yo soy Betty Boop.

Fitz se empujó en posición vertical y se echó hacia atrás, gimiendo de nuevo. Miró a Sasha, haciendo su mejor esfuerzo para enfocar correctamente.

—No, Betty tiene mejores piernas.

Sasha le sonrió, luego giró de nuevo hacia el salpicadero. Fitz se sentó en la parte de atrás con su resaca. Esto era vergonzoso, de verdad. En menos de cuarenta y ocho horas, su cubierta había volado y ahora estaba en manos de una de las milicias comunistas. Fuera del coche no podía ver más que una niebla espesa. Se preguntó por qué no había despertado en una celda, así era como se suponía que estas cosas sucedían.

—¿Que te hace pensar que no soy un hombre de mar?, preguntó a la parte posterior de la cabeza del ruso. Sasha se encogió de hombros.

—No tienes las manos suficientemente callosas. Tu ropa está mal, Fitz tendió una mano a la chaqueta y Sasha continuó, —y no hueles como alguien que ha estado a bordo de un barco durante una semana.

—Un Sherlock Holmes cualquiera, Fitz murmuró para si mientras rebuscaba en sus bolsillos para comprobar que aún tenía sus papeles y sobre todo, sus cigarrillos y el encendedor. Sonó un ruido fuerte. El ruso, sin dejar de mirar adelante y con una mano cerca de su

pistolera, salió. Se movió hacia atrás y abrió la puerta del lado de Fitz. Fitz trató de alejarse, pero Sasha le agarró por el hombro y lo arrastró hacia fuera. Mirando a su alrededor frenéticamente, Fitz vio como unas formas oscuras se aproximaban a través de la niebla. Quizás no encierran a presuntos espías aquí, tal vez despertar en una celda habría sido una buena cosa. Trató de luchar, pero Sasha tenía sus dedos clavados en la axila de Fitz, presionando un nervio.

—Quiet, dijo entre dientes y Fitz se congeló ante la frialdad en la voz.

—¡Hola! Les llamo el ruso cuando las figuras se hicieron evidentes. Tenían los uniformes casuales de los republicanos y estaban embalando cajas, cajas marcadas con cruces rojas y sacos abultados deformes.

—Camarada, asintió uno de ellos. Empujó a Fitz para abrir la puerta de la camioneta y la dejó abierta, chirrió sobre sus goznes. Dejó caer la caja de madera de su hombro en la zona de carga del camión. El contenido resonó, haciendo que Fitz saltara y se tensara mientras los dedos de Sasha se clavaron más profundos. Fitz se quedó quieto y observó en silencio a los hombres cargar el coche con más cajas. Cuando uno de ellos se apoyó en el capó para encender un cigarrillo liado, Fitz reconoció su rostro: era uno de los hombres que habían estado en la descarga de los buques. El hombre lo miró y frunció el ceño.

—Sasha, ¿quién es?

Fitz pensó brevemente en hablar, pero casi podía sentir las uñas de Sasha través de la tela, así que mantuvo la cara impassible.

—Un compañero de viaje, un camarada, acaba de llegar. Este es el agente Fitz.

El otro chico se rió y se apartó del capó. —¿Fitz? Estás empezando a quedarte sin nombres en clave para los agentes, camarada. Ese ni siquiera es español.

Fitz miró a los hombres desapareciendo de nuevo en la noche. Trató de mirar a Sasha sin moverse para nada, esperando que el ruso no se diera cuenta y apretara su agarre. El otro hombre estaba vigilando a los soldados desde el muelle, mordiéndose un labio. Una vez que el aire viciado de la niebla había silenciado todos los sonidos de pasos, Sasha se giró para colocarse frente a la camioneta y acompañó a Fitz hacia la puerta del acompañante que estaba abierta.

—Entra

Fitz consideró sus opciones: entrar en un vehículo con un agente comunista que a) tenía un arma y b) Fitz sabía que no era quien pretendía ser, o tratar de correr. Sí, Sasha tenía un arma, pero si Fitz permitía que le secuestraran, podría terminar en cualquier lugar y dudaba que fuera probable que los hombres oscuros que apenas habían sido testigos de su presencia les dijeran al Doctor, donde fue visto por última vez. Se sentó de lado en el asiento, con los pies en los escalones de la puerta, y esperó. Esa caja que traqueteaba en la parte trasera sin duda no contenía la ayuda alimentaria que se suponía y Fitz sospechaba que Sasha era muy bueno para hacer desaparecer a la gente. No había otra opción, Fitz iría con él.

Sasha iba delante con la puerta parcialmente abierta, cuando una mano fue a cerrarla. Fitz lo pateó con los pies fuertemente, dejando puerta abierta más ampliamente, golpeando al ruso en la cadera. Antes de que pudiera saltar, el otro hombre había golpeado la puerta de atrás de nuevo, sacudiendo las piernas de Fitz, haciendo que sus rodillas rebotaran y le

golpearan la mandíbula. Sasha abrió la puerta, empujó a Fitz para que se apartara de delante y corrió alrededor del asiento del conductor.

El motor estaba en marcha y el coche se deslizó hacia delante crujiendo los engranajes antes de que Fitz siquiera hubiera conseguido ponerse una mano a la mandíbula dolorida. Se pasó el dorso de la mano contra su rostro y reconoció el sabor acre de la sangre en la boca. Su labio partido y él habían estado allí durante dos días. El coche estaba resoplando cuando empezó el ascenso desde los muelles, todavía marchaban bastante despacio. Fitz vio a Sasha mirando hacía otro lado con curiosidad, con ceño ligeramente fruncido. Fitz siguió mirando a su captor, esperando que el ruso no se diera cuenta de su mano deslizándose por un lado en busca de la manija de la puerta. No había cerraduras, un movimiento rápido y podía estar fuera y escapar.

—¿A dónde vamos?, preguntó, con ganas de mantener la puerta fuera de la atención de Sasha. La caída sería dura, tendría que ser rápido y probablemente quedaría gravemente herido por la caída. Una parte de él, la parte que había consumido vino barato con el estómago vacío, y la parte que no quería moverse nunca más gruñó ante la idea. Sasha lo miró de nuevo con una ceja levantada, divertido.

—Guernica

Fitz se echó a reír.

Una piedra cayó, el sonido sonó fuerte en el silencio frágil de la noche. Barcelona estaba, en esta parte al menos, durmiendo. Con ruidos ocasionales de motores distantes, el ruido se escuchaba a kilómetros, sonaba mucho más cercano en la quietud, reverberando en torno a los campanarios ennegrecidos. Hubo un eco cuando una viga de madera se movió, luego murmuró maldiciones.

Domenec Sugrañes cerró los ojos un momento y ofreció una oración entre dientes a un Dios del que había empezado a dudar. Detrás de él, Juan maldijo otra vez, profanando el sitio. El cantero siempre había sido respetuoso antes, pero la guerra lo había cambiado.

—Esto todavía huele a cenizas, le dijo al viejo arquitecto, —No vamos a encontrar nada más.

Sugrañes abrió los ojos y miró hacia arriba. Por encima de él, la luna brillante creó un resplandor plateado sobre las nubes. Incluso con la cabeza inclinada hacia atrás pudo vislumbrar, justo en el borde de su percepción, los cuatro dedos de las torres alzándose hacia arriba, como si fuera una mano estirándose para tocar el cielo. Cambio la inclinación de su cabeza, las estructuras se elevaron más hasta que la luna se escondió en su interior. A pesar de que se dio cuenta, la analogía estaba mal: la iglesia era realmente era una mano gigante, estaba de pie en la palma de la mano, mirando el cielo nocturno. No es que estar de pie por aquí fuera una buena idea.

Se volvió hacia su compañero saqueador. —¡Saqueador! Él, que había trabajado en la estructura durante treinta años, que aún podía recordar el sueño del Maestro en el taller. Veinte años después del accidente que los había dejado solo con los bocetos y los modelos, las únicas pistas sobre cómo hubiera sido el edificio final. Hacía menos de veinte semanas desde que el sitio había sido incendiado y destrozado, el taller se derrumbó. Los escombros y las malas hierbas ya habían invadido la cripta. El agua debió entrar en algún momento destruyendo los modelos de yeso que habían sobrevivido, emborronando los bocetos. Así que cada noche, una vez que la ciudad se había asentado, Sugrañes llevaba a Juan hasta aquí. Arrastrándose de nuevo a la iglesia, donde una vez habían trabajado, su medio de vida ha ido en el fervor de la lucha contra los anti católicos. Sugrañes estaba

agradecido a Dios por haberlos salvado de las turbas. Había oído a Duch explicar las historias de los asesinatos de sacerdotes, pero no estaba seguro de que quisiera que sobrevivieran, ahora se redujo a hurgar en las ruinas de su antigua vida, tratando de para recuperar el pasado.

Se había escapado por las calles laterales, pronunciando consignas revolucionarias si hubiera sido detenido, llamando a los vándalos que habían hecho esto "camaradas". A continuación, trepó por el patio lleno de basura, moviéndose a un lado y a otro, hacia arriba y hacia abajo en las ruinas del taller con una cesta en la espalda reuniendo unos fragmentos de papel empapado, u otra pieza de trabajo de modelaje roto. A cada momento esperaba oír un grito, el sonido de unas botas corriendo, que los guardias le detuvieran, encontrando su carga de obras recuperadas y destruirlo por segunda vez. Juan no creía que fueran a encontrar nada más. Esta noche, se habían detenido después de que la piedra hubiera caído, esperando para asegurarse de que estaban a salvo.

Nada

Sugrañes estaba agachado junto a la entrada áspera, con una mano agarrando el delgado borde de una piedra. Se sorprendió, que incluso semanas después haciendo esto, aún se diera cuenta de que estaba temblando. Alzó la cabeza para hacer una comprobación final de que no eran observados, creyó ver un atisbo de movimiento hacia arriba en el claustro de la natividad, algo vacilante. ¿Sería un guardia encendiendo un cigarrillo? Se quedó inmóvil, con los ojos en tensión hacia el lugar donde había creído ver algo. No había ningún destello revelador de color naranja, arrastrándose por un cigarrillo. El claustro fue encerrado en el extremo para que la luna no lo iluminara: en lugar de la luz de fondo hizo que la zona fuera más negra que el alquitrán.

Ya está. Algo pálido revoloteaba detrás de los pilares y Sugrañes se estiró para agarrar el brazo de Juan. El albañil más joven miró hacia arriba y asintió. Sí, algo se movía, era demasiado grande para ser una paloma o una gaviota. Sugrañes Hawai salieron de la entrada, volviendo la cabeza para tratar de ver lo que era. Hubo otro destello de movimiento, casi irregular. Pensó, salvaje y brevemente, que era una de las figuras rotas de la parte delantera de la natividad que cobraba vida. Lo cual era absurdo, un producto de su propia mente temblorosa. No podía ver nada en absoluto ahora.

Estaba justo en frente de ellos. Resplandeciente, gritando. Un diablo de la luz. A falta de la debida forma o definición. Se movía poco natural, como una animación dibujada en una libreta. Sugrañes se había rendido. Retrocedió lentamente, dejando que sus pies fueran a tientas a través de los escombros, desplazándose hacia el edificio de la escuela quemada. Miró a Juan y se sorprendió al ver a los réprobos santiguándose y murmurando el catecismo. El diablo se estaba volviendo más definido, se marcaban los ángulos salientes como los codos o los hombros. Sugrañes sintió los barrotes de hierro de la puerta a su espalda.

—¿Juan?, trató de llamarle, pero el albañil seguía mirando al diablo y las frases en latín seguían cayendo de sus labios. Sugrañes se dio media vuelta y huyeron.

Anji se relajó en su asiento en Las Ramblas. El Doctor había aceptado venir a buscarla cuando terminara en la Tardis. Ella fue lo suficientemente astuta como para saber que podría tardar algún tiempo y había pedido una jarra de vino para beber mientras esperaba. El hotel en el que había encontrado finalmente habitaciones estaba a su espalda y la amplia avenida adoquinada estaba frente a ella. A solas con sus pensamientos, distraídamente comenzó observar a la gente. Dejó que su mirada escogiera a una persona y luego la seguía mientras caminaban hacia arriba o hacía abajo de la avenida crepuscular.

El vino tinto estaba avinagrado, como si se hubiera abierto días antes y se hubiera dejado respirar durante demasiado tiempo. Se fijaba en cosas que normalmente pasaría por alto. Ella tomó sorbos pequeños, tratando de no pensar demasiado en el sabor. Dos jóvenes caminaban ambos con el pelo rubio, y ella especuló brevemente: ¿hermanos? ¿Amantes? ¿Cómo es que dos hombres tan iguales estaban caminando por Las Ramblas juntos?

Por un momento, pensó que el mundo se había congelado, hizo una pausa, como un fotograma de una película, luego se trasladó y se puso una mano en la cabeza de repente sintió dolor. Demasiado vino barato y demasiado sol. Esperaba que el Doctor no tardara en llegar y ella pudiera ir a acostarse.

—¿Anji?

Ella sintió que sus ojos volvían a enfocar y vio a Pia frunciendo el ceño. La mujer italiana estaba de pie frente a la mesa en la acera, con una mano agarrando la correa de un bolso de cuero grande. Anji sacudió un poco la cabeza, alisándose automáticamente el flequillo.

—Lo siento, Pia. Estaba a millas de distancia.

—¿Deseando estar de vuelta en Inglaterra?

Anji sonrió y señaló la silla vacía a su lado. —¿Creía que estabas de vuelta en Italia? ¿De dónde eres, de todos modos? ¿Qué ciudad? Habla conmigo, rogó en silencio, distráeme del dolor de cabeza. Dame algo en lo que concentrarme.

Pia dejó caer su bolso en el suelo junto a la silla, se sentó y se desabrochó el abrigo. Busco con la mirada al camarero y este le trajo una segunda copa de vino, algo diferente a la de Anji. Anji ociosamente se preguntó si algún café tenía un juego completo de vasos

—Yo soy romana dijo Pia, y se sirvió un poco de vino agrio. Ella tomó un sorbo e intentó no hacer una mueca mientras tanto. —Y no voy a volver, no hasta Il Duce y sus muchachos tomen el poder. O si el Partido me envía de nuevo a luchar.

Anji levantó una ceja determinada por el tono firme de Pia. —¿Tu, luchas?

Pia frunció el ceño, miró sospechosa y repentinamente otra vez. —Por supuesto, Anji. Luché contra los fascistas en mi casa durante años, hasta que el partido me envió aquí.

—¿Quieres decir que hiciste campaña en contra de ellos?

—No, luché. Soy muy buena tiradora. No tiemblo bajo el fuego, como algunos de los chicos de aquí hacen.

—Pero tú eres... Anji se quedó en silencio. Había estado a punto de sugerir que las mujeres no eran combatientes. Honestamente, fue la primera en argumentar que las mujeres podían hacer cualquier trabajo que un hombre hiciera y aún así acababa de suponer que sólo los hombres podían estar en el ejército,...secretaria, eso dijiste ayer, terminó la frase.

Pia dejó escapar un bufido muy expresivo de burla, por lo que estaba claro lo que pensaba de eso. —El, mi comandante, es español. Él habla de la fraternidad, pero las mujeres son mujeres. Me he enfrentado a más balas que él, pero tengo que quedarme escribiendo.

Ambas se quedaron en silencio y tomaron un sorbo de vino. Anji entrecerró los ojos y miró hacia arriba, a Las Ramblas, preguntándose cuando la encontraría el Doctor, sentía una

presión intensa en la cabeza y no quería nada más que dormir. Se sentía un poco mal con el mundo, como si estuviera un poco desconectada de él, intentó eliminar esa sensación. Se puso una mano en la sien con cautela y cerró los ojos por un segundo.

—¿Te encuentras bien? Preguntó Pia, mirándola fijamente.

Anji cerró los ojos fuertemente durante un tiempo muy breve y luego los abrió, dejando caer la mano sobre el brazo de la silla y regalando a la italiana una sonrisa.

—No es nada. Sólo un dolor de cabeza.

—¿Tu Doctor esta buscando alguna medicina para ti?

—No es esa clase de... Anji se dio por vencida, nunca nadie escuchaba la negación de todos modos. —Sí. Sí, él estará aquí pronto. Espero.

—Estoy aquí. Su suave voz indicó que estaba a su lado y Anji levantó la vista cuando se agachó junto a la silla poniéndose a su nivel. —¿Qué hay de malo?

– En la noche –

Me desperté después de un sueño inquieto. Mi cabeza no esta mejor. Hay que ver lo que hace la medicina disponible aquí.

—Iré a ver a McN. esta noche para discutir con E. Se acabo. Ella quiere venir y creo que es suficientemente seguro. Ella puede traer cosas que es difícil de encontrar por aquí. Colina pedir McN. sobre la aspirina y tc también.

Sólo traté de hacer algo con Juan y los otros, pero las cosas eran demasiado inconexas y yo era de poca utilidad. Me siento como si algo estuviera tirando de mi cabeza, tratando de sacar mi cerebro. Esto hace que sea difícil concentrarse. Traté de lavarme bien las manos, pero es peligroso. Seguiré después, cuando la cabeza esté mejor.

A medida que el sol empezó a apagarse en la niebla, las figuras de al lado de la carretera se hicieron más definidas. Sasha se había puesto a trabajar Fitz, estaba repartiendo pan grisáceo a los refugiados a medida que ellos pasaban. Sus rostros fríos, sin sonrisas en señal de agradecimiento. A veces con caras de resignación, huecas, como si se hubieran gritado a sí mismos a lo largo del camino y ahora sólo se movían hacia adelante, tomando lo que les era dado. Esperando a ver qué pasaría con ellos la próxima vez mientras caminaban fuera de la línea del frente. Se mantenían en los bordes, arrastrando los pies a un lado cada vez que un vehículo rápido venía. Fitz se sentó en la parte delantera del camión en un movimiento constante, repartiendo el pan y deseando poder estar seguro de que todo el mundo tenía algo, pero Sasha se mantuvo avanzando. Llegó a la parte inferior de un saco y lo tiró encima en la parte posterior del camión.

—¿Ese fue el último saco? comprobó Sasha, fueron sus primeras palabras para él después de horas.

—No, pero tienes que dejar que yo pueda conseguir otro de la parte de atrás. El resto están demasiado lejos.

Sasha asintió con la cabeza y siguió adelante durante unos minutos. Los dedos de Fitz empezaron a tocar un ritmo en el alféizar de la ventana. Nada de lo que pudiera nombrar, pero era algo con lo que ocupar su mente, ya que pasó de largo de las masas de los desposeídos. Echó un vistazo a Sasha: el ruso estaba mirando hacia adelante, a veces tirando del volante para evitar baches o la gente en el camino. Su expresión era la misma para ambos. ¿Por qué...? Fitz se cohibía cuando Sasha le miraba. Sentía que debía tragar saliva, humedecerse los labios antes de continuar en caso de que su voz se quebrara por el abuso de la noche anterior y el silencio anterior. —¿Por qué me llevas a Guernica? Quiero decir, no es que no esté agradecido de que no me entregarán sus hombres de vuelta allí, pero, ya sabes, pero si me llevas a algo peor, me gustaría saberlo.

Ya está. Le había preguntado. Sasha sonrió, con los ojos fijos en la carretera de nuevo. — Te llevo a una parte que es peor, mi sospechoso inglés. Te voy a llevar a primera línea.

—Pero... si soy un espía...

—Si, eres un espía... Sasha enfatizó.

—No es que yo lo sea, por supuesto, ¿por qué haces esto?

Sasha se encogió de hombros, y luego señaló al tabaco y a los papeles del salpicadero. — Líame un cigarrillo, Fitz.

Fitz accedió, sin saber si debía forzar su suerte o aceptar la intransigencia Soviética. Estaba lamiendo el borde del papel para pegarlo hacia abajo cuando Sasha golpeó la bocina del camión con el puño y gritó maldiciones rusas por la ventanilla. Los dedos de Fitz se deslizaron y dejaron caer el cigarrillo a medio enrollar en fondo del coche. Se agachó en el suelo para alcanzarlo. Cuando se enderezó, Sasha le sonreía.

—Eres demasiado nervioso para ser un espía, o eres tan buen actor, que eres un buen espía. Este viaje es largo y aburrido, hasta llegar al frente. Si quisiera ejecutarte mientras tanto, siempre puedo dispararte.

Fitz no estaba seguro de si sería liberado o no.

Eleana se abrió paso hacia la pequeña multitud de curiosos. La muerte violenta no era, en sí mismo, la más inusual. Sin embargo podría ser utilizada, por lo que era importante que ella lo viera por sí misma, que su reportaje se basara en hechos. Los otros periódicos lo utilizarían en su beneficio, si cualquiera hubiera podido. Llegó a la puerta de la escuela quemada donde yacía el cuerpo. Había sido arrastrado por la ligera pendiente del centro del caparazón a medio construir de la iglesia, dejando un surco en la tierra que ya estaba marcado por las botas de los curiosos. Era un obrero. La mayoría de la gente llevaba ropa de trabajadores, pero Eleana vio que el cuerpo pesado dentro del mono era corpulento con músculos, no por la gordura de un capitalista ahora hambriento. El cuerpo fue descubierto, con los brazos cruzados y se había puesto en la sombra a la espera de su retirada.

—¿Quién era?, preguntó uno de los hombres que estaban cerca de ella, señalando con la cabeza al cadáver. El hombre se encogió de hombros.

—Era Juan Hernández, le dijo otra persona, solía trabajar aquí. Eleana miró hacia él, ahora nunca sería completada la iglesia. Incluso a la luz del día, las torres eran negras contra el cielo gris, con incrustaciones de hollín y agrietadas por el calor. Cuando era niña, había visto el entierro del arquitecto. El que había sido llamado "Maestro" había sido atropellado por un tranvía, el viejo tonto fue demasiado lento para salir del nuevo transporte. Ningún dios, ningún amo. Ahora no. Volvió a mirar el cuerpo, tumbado en la hierba con sombra.

Tenía la cara picada de viruela, con arena pálida enterrada profundamente en algunos de las marcas. Se podía ver que sus manos estaban encallecidas, de piel blanquecina y duras. Con una mano agarraba los restos de un rosario, la cadena estaba rota y las cuentas ahora yacían junto a él en la tierra. Religioso entonces, y se encuentra en la Sagrada Familia. Se había puesto su fe en un mal sistema de creencias, pensó, con un poco de tristeza. Debe de haberse aferrado a las viejas maneras.

—¿fue encontrado aquí orando? Preguntó.

La persona que había suministrado el nombre encogió de este momento. —No le dispararon, fue lo único que comentó. Eleana se movió para acercarse un poco mas, dispuesta para el compañero de guardia pensara que era una amiga del cadáver. No había señales de las heridas. Los ojos de Juan todavía estaban abiertos, sin dejar de mirar hacia arriba. Tal expresión de miedo, tanto terror. Podría haber sido una ejecución, aunque la mayoría de las personas cierran los ojos cuando sabían que iban a morir, como si desearan con esperanza plena que sus muertes se evitarían si no podían verlo venir. Al igual que los niños que se ocultaban bajo una manta en una tormenta eléctrica, cerrando sus ojos contra el miedo.

Eleana se encogió de hombros. Sería apenas un párrafo. Apenas podía escribir que alguien rompiendo la prohibición religiosa había sido abatido por un destino misterioso, ¿iba a hacerlo? Se abrió paso de nuevo fuera de la aglomeración de la gente y volvió a sus habitaciones. Ya sabes como se ven los cuerpos que son disparados, pensó. Luego trató de bloquear la imagen que surgió en su cabeza del cuerpo deforme de su hermano, arrojado como un muñeco en una alcantarilla. Sí, lo sabes.

Él no podía enviar información al sistema. Cada intento de transferir los datos era rechazado, volvió a él. Los registros del Absoluto comenzaban a amontonarse a su alrededor, esperando, usando su masa y energía. No entendía por qué se le negaba la información, esto nunca había sucedido antes. Estaba recibiendo un flujo constante de información contradictoria de sus observadores, tanto que no podía con todo. Ahora tenía algunas conexiones firmes, podría ver cómo los seres humanos manejan las diferentes versiones contradictorias. Su mente parecía trabajar en muchos niveles a la vez, ¿quizás incluso tenían varias mentes en cada cráneo? ¿Tuvo la absoluta certeza de que nunca había percibido estas criaturas antes? La forma en que un cuerpo podría tener tantas voces diferentes, claras y distintas, argumentando entre sí. No conocía los motivos por lo que antes eran opacos. Podía sentarse en la parte trasera de su cerebro y ver cómo toman la información, imponía su propia versión a ella y luego "olvidar" los elementos molestos que no encajaban con esa versión. Necesitaba un lugar para la derivación de los datos problemáticos, alguna forma de "olvidar" la misma.

Se había dado un primer paso, la construcción de una biblioteca de datos en un espacio físico real. Él todavía era capaz de sacar energía del sistema, incluso si se le negaba el acceso al Hub, y ya estaba encontrando maneras de manipularlo. Estaba descargando los datos erróneos en una concha, una extrusión, pero se estaba construyendo en la masa. Pero la cantidad de la misma! Mucha, demasiada. Sólo el ruido del sistema telefónico era abrumador, pero eso era una pequeña fracción de los datos que fluían a través de sus conexiones.

Hubo un parpadeo plateado de la energía, dando vueltas por delante de él tan rápido que casi se lo había perdido. Él envió un buscador tras ella, girando y evadiéndose, persiguiéndolo por las líneas y conexiones. Había algo más aquí, otro recopilador de inteligencia.



Fuera lo que fuese, no había energía. Y... ¡Ellos! Siempre los parpadeos, enloquecedores, el parpadeo, la gente de desvanecimiento. No / No. No / No. La niña, por supuesto, pero los dos hombres eran más evidentes. Estaban trabajando en contra de él, tenían que ser así. Al igual que el hombre en la plaza. Tal vez sea esta otra presencia, que los utilizó en calidad de observadores, como los ojos y oídos en el mundo corporal. Si lo alcanzo a ver ...

Dibujó un chorro de energía, impulsado un buscador más rápido, tropezó con el borde de salida de la traza de plata. Entonces la línea que estaba siguiendo floreció. Muchos datos. Tanta información.

Usarlo todo. Y había espacio, hectáreas de memoria vacía a la espera de ser llenada con los datos que quería "olvidar".

Fue hermoso.

Se dejó caer sobre sus piernas sin darse cuenta.

Ella estaba contenta de darse cuenta de que al menos había aterrizado en una silla. Ni siquiera se había dado cuenta que había una detrás de ella. Se sintió aliviada al ver que el Doctor había sido rápido, le siguió una entrega de su propia voluntad. Se había dejado guiar por el camino estrecho entre el bulevar y la puerta del hotel, escuchó pedir la cuenta para el vino. Una pequeña parte de ella le decía que estaba bien y podía hacer las cosas por si misma, pero el resto de si, estaba demasiado ocupado para escuchar, tratando de ignorar el dolor punzante que se había iniciado cuando se había puesto de pie.

El Doctor la tenía sujeta con una de sus manos por el codo y la guiaba por las escaleras estrechas, y luego a través de los paneles de la puerta de cristal. En el interior, la dejó de pie y corrió hacia el mostrador. Ella se había dado cuenta de que Pia estaba de pie a su lado, agarrando una de las bolsas de alfombras al Doctor venía arrastrando, la otra la arrojó al suelo a sus pies. A continuación, el relativo calor del vestíbulo le había golpeado, como si estuviera cercada fuertemente por el aire frío y húmedo, y sus rodillas se inclinaron por propia voluntad.

—Camarada, ¿tu esposa se encuentra bien? escuchó decir al recepcionista del hotel y Anji se obligó a concentrarse. Ella estaba en un sillón, uno de los muchos que formaban un círculo irregular. No era precisamente del terciopelo más lujoso que jamás hubiera conocido. La habitación era alta y estaba pintada de color crema, aunque el techo era nebuloso con una mancha de humo gris azulada. Trató de poner la cabeza hacia abajo, para concentrarse en la cara asustada de Pia pero su mirada sólo se apartó, se negó a conformarse en un solo objeto.

—Si, si, esta bien, solo algo cansada creo.

Ah, claro, no desengañarlos eso de su esposa, pensó distraídamente. Ella trató de sentarse correctamente, pero agujas afiladas embistieron a través de su cráneo de nuevo, justo detrás de los ojos. Ella esperaba que el Doctor tuviera alguna codeína en sus bolsillos mágicos ya que no tenía idea de los analgésicos que existían en 1936. Apoyó la cabeza con una mano, apoyando el codo en el brazo del sillón, y trató de permanecer lo más quieta posible. Cada vez que su cabeza se movía, quería gritar al propio dolor. Ella deseaba salir de su propia cabeza, dejar que el dolor se hiciera cargo de la parte interior de su cráneo, mientras que el resto de ella estaba en alguna parte teniendo un mejor momento.

Podía oír la voz del Doctor, hablando con la recepcionista, murmurando y ruidos de, presumiblemente, el pago del alquiler por adelantado de las habitaciones que habían reservado. Hubo un ruido metálico de las llaves contra un cuenco de metal y luego algo se movía en su campo de visión de nuevo. Una mano delgada se agachó para agarrar las asas de la bolsa abandonada, y se dio cuenta de lo irreal que el brazo vestido de rojo se veía contra la alfombra marroquí sucia. Era más como una de esas postales supuestamente tridimensionales que se encontraban en kitsch-N-Synch, donde un elemento flotaba por encima del otro como un bloque. Entonces el otro lado estaba ligeramente curvado en la parte superior de su brazo, el pulgar frotando suavemente mientras él la instó a ponerse de pie. —¿Anji? Vamos, vamos a llevarte a tu habitación.

Suspiró para encontrarse bien, cerrando los ojos y reuniendo toda su resistencia. Se puso de pie con rapidez, con la esperanza de sorprender al dolor con su repentino movimiento, pero la atacó de nuevo y se dio cuenta que se balanceaba. El Doctor la sujetó mejor con su brazo y ella se agarró para no perder el equilibrio. Entonces ella lo miró a los ojos preocupados y asintió despacio.

—Creo que necesito un recostarme un poco, dijo ella, sonriendo tristemente a su eufemismo.

—Yo también lo creo.

La condujo hacia la escalera y se detuvo. Un gemido delante de ellos la hizo abrir los ojos y darse cuenta de que habían llegado al ascensor, la cabina sonaba y temblaba por el cable. Entonces la puerta se abrió y Pia estaba tratando de arrastrar a la puerta de metal a un lado. Anji soltó de una mueca de dolor en el áspero traqueteo. El Doctor echó la bolsa de la alfombra en el interior, a continuación usó las dos manos para guiarla en el pequeño espacio cuadrado. Sólo unos momentos más, dijo, unos momentos más y podría acostarse y cerrar los ojos, tomar las píldoras milagrosas del Doctor y se irían. Todo se acabaría. Con un poco de suerte, ella no se despertaría hasta que llegara el momento de conocer a Fitz. Entonces, sin ningún tipo de advertencia en absoluto, el Doctor se arrugó en un ovillo a sus pies, gritando.